

SERVICIO
SECRETO

SS

¡TERCERA GUERRA MUNDIAL!

Curtis Garland





SERVICIO SECRETO



ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1549 — Cráneo de acero.

En Colección PUNTO ROJO:

951 — Mellizas mortales.

En Colección LA HUELLA:

134 — Pasaje sin salida.

CURTIS GARLAN

¡TERCERA GUERRA MUNDIAL!

Colección

SERVICIO SECRETO n.º 1.566

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-024-02513-7

Deposito legal: B. 19.890 - 1980

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: agosto, 1980

© Curtis Garland - 1980

texto

© Salvador Fabá - 1980

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2.
Barcelona (España)

Todo los personajes y entidades privadas que
aparecen en esta novela, así como las situaciones
de la misma, son fruto exclusivamente de la
imaginación del autor, por lo que cualquier
semejanza con personajes, entidades o hechos
pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallés (N-152. Km 21.650) Barcelona – 1980

No ha ocurrido aún. Al menos, oficialmente nada sabemos. Pero quizá sí ocurrió. O está ocurriendo ahora.

En cualquier caso, solo en un momento límite, en una situación irreversible, seríamos informados todos. Cuando ya nada tuviera remedio.

Esta es la historia de algo que puede suceder mañana. O que empezó a suceder ya... y aún nadie nos ha querido hablar de ello.

Ojalá nunca lleguen las cosas tan lejos. No es que haya demasiados motivos para ser optimistas, pero confiemos, al menos, en Dios, ya que no en el Hombre.

Cosas terribles, muchas hay, pero ninguna más terrible que el Hombre.

SÓFOCLES

SEGUNDA FASE

198... WASHINGTON, D.C. JULIO 26, 5.30 P.M.

MOSCÚ, JULIO 26, 3.30 P.M.

PEKÍN, JULIO 26, 8.30 A.M.

Hoy ha empezado la Tercera Guerra Mundial.

La noticia ha sido transmitida ya por los teletipos estrictamente confidenciales de ciertos centros estratégicos mundiales. Pronto estará en la calle. Es inevitable que sea así.

De momento, todos parecen haberse puesto de acuerdo. Es mejor esperar.

Pero esperar, ¿qué?

No hay ya nada que esperar. O apenas nada. La fatídica «cuenta atrás» ha comenzado. Dentro de doce horas, exactamente, comenzará el gran holocausto. El verdadero y terrible holocausto, quizá total, de la especie humana sobre el planeta Tierra.

A estas horas ha comenzado la Segunda Fase. La que no debería haber llegado nunca, porque da paso a la Tercera Fase. Tercera... y última. Y una vez disparada la Segunda, nada hace presagiar que pueda ser evitada la Tercera. La situación, a nivel mundial, no permite confiar en nada ya.

La información recibida en clave en los centros estratégicos de Estados Unidos, ha pasado al Pentágono y la Presidencia sin pérdida de tiempo:

«EL CIELO SE HA NUBLADO EN LA COSTA ESTE. AMENAZA LLUVIA».

Todos sabían ya lo que significaba ese texto. La URSS ha iniciado su tarea. Estados Unidos, casi simultáneamente, también.

En el Kremlin, el mensaje cifrado pasó rápidamente de manos de los operadores a las del ministro del Ejército, y de estas a las del primer ministro y al Politburó completo:

«PREPARATIVOS LANZAMIENTO SPUTNIK A PUNTO. ESPERAMOS INSTRUCCIONES».

Era la clave. Significaba que los servicios de Inteligencia soviéticos habían detectado e informado acerca de la puesta en marcha del mecanismo bélico norteamericano. En Estados Unidos, un sofisticado

ingenio electrónico había sido activado. Los Servicios Secretos rusos sabían que, una vez apretado el botón, se iniciaba una fría e implacable «cuenta atrás» mecánica, que duraba exactamente doce horas. Al término de ese plazo inexorable, una orden electrónica partía hacia los submarinos Polaris y las cabezas nucleares *Pershing-2* y *Cruise*, instaladas en los países europeos integrantes de la OTAN. Y las armas salían disparadas hacia sus blancos previamente elegidos.

La Unión Soviética dispuso en ese preciso instante lo que ya de forma extraoficial y confidencialísima había sido preparado y detectado inmediatamente por los agentes norteamericanos y británicos: la «cuenta atrás» por los medios tradicionales.

La orden del premier ruso era de conceder diez horas de margen para el lanzamiento de los poderosos SS-17 y SS-20 hacia los centros estratégicos de Europa y de Estados Unidos, con sus cabezas nucleares dispuestas a cobrarse cientos de víctimas en escasos segundos

Ambos colosos habían comenzado su enfrentamiento bélico.

En Pekín, a la misma hora —8.30 A.M. de su meridiano—, el primer ministro chino recibía un mensaje de sus servicios de Inteligencia en Europa y la URSS. El texto tenía el pintoresquismo y complicaciones propias del lenguaje oriental. Pero su traducción a lenguaje normal, tras ser descifrado el código, era crudamente preciso:

URSS Y USA EN GUERRA. COMIENZO DE «CUENTA ATRÁS» POR AMBOS LADOS. EN DOCE HORAS, LA GUERRA SERÁ UN HECHO. UTILIZARÁN PROYECTILES NUCLEARES PARA INICIAR LAS HOSTILIDADES.

Inmediatamente, el primer ministro chino se entrevistó con su ministro del Ejército. La orden de enviar diez divisiones completas a la frontera con la Unión Soviética fue dada sin pérdida de tiempo. Aviones de combate con cohetes de cabeza nuclear fueron enviados inmediatamente a las regiones de Mongolia y del desierto de Gobi. La alarma general se extendió a todos los mandos y fuerzas de la República Popular China.

De momento, la actitud del coloso amarillo era de prudente espera. Pero el rostro tenso y preocupado del primer ministro revelaba el temor de que, inevitablemente, según fuesen los acontecimientos, ellos no podrían quedar al margen del conflicto. Era solo cuestión de horas, de días todo lo más... Y él lo sabía.

MOSCÚ, JULIO 26, 4.05 P.M.

—Los tanques T-62 y T-72 están situados en la frontera alemana, señor. Pero en Rumania y Hungría puede haber problemas para el emplazamiento

de nuestras divisiones, a causa de las revueltas internas que pretenden la secesión del Pacto de Varsovia y de los países socialistas...

—No me importa lo que opinen los gobernantes húngaros y rumanos — se irritó el premier ruso—. ¡Sitúen allí a todas las fuerzas, a punto para la invasión de Europa, digan ellos lo que digan! Reprimir los levantamientos internos y sofocar las rebeliones es tarea suya.

—Sí, señor, pero el primer ministro húngaro ha insistido en dos mensajes, respecto a la difícil situación en Budapest, a causa de la huelga general y el levantamiento de los jóvenes estudiantes que desean romper con nosotros...

—Conozco el problema. Y se ha hecho lo posible por reprimir esos intentos. Ahora es posible que aprovechen la situación para complicar las cosas. Tiene carta blanca para decidir e imponerse en esas regiones por encima de todo. No podemos prestar atención a problemas domésticos, a pequeñas revueltas en nuestros aliados y amigos, cuando la guerra total está ya en marcha.

—Sí, señor —asintió el ministro del Ejército con gesto ensombrecido—. Haré cursar la orden de que toda desobediencia, lenidad o acto hostil contra las fuerzas del Pacto de Varsovia será aplastada de cualquier modo.

—Hágalo sin pérdida de tiempo. Quiero que cuando los proyectiles de uno y otro se estrellen en nuestras ciudades y en las de ellos, iniciando la masacre, nuestros puestos avanzados inicien el ataque masivo a Europa. Estados Unidos tardará un tiempo precioso en enviar refuerzos a los países europeos.

—Sí, señor, eso creo.

—Entonces, no se hable más. Quiero una guerra breve, general. Nada de meses o de años de combates sangrientos. Ya que esto ha comenzado, no sabemos aún exactamente si por culpa de ellos o nuestra, posiblemente por parte de ambos, es preciso que resulte lo menos devastador posible. Sobre millones y millones de muertos y países y continentes enteros desolados, nadie construye un nuevo sistema ni levanta nada digno. Por eso el ataque ha de ser total, aplastante, arrollador, para hundir cuanto antes al enemigo y salvar millones de vidas, general.

—Sí, señor. Lo intentaremos.

El ministro del Ejército abandonó el despacho privado del *premier* soviético. Este, con expresión hondamente preocupada, se hundió en su asiento, contemplando sombríamente la esfera mundial que tenía frente a sí, sobre su mesa de trabajo.

WASHINGTON, D.C., JULIO 26, 6.05 P.M.

—Once horas, veinticuatro minutos, diecisiete segundos, señor presidente.

—¿Es el tiempo que falta?

—Sí, señor —el vicepresidente dirigió una mirada al reloj digital que, en cifras rojas, iba marcando inexorablemente el paso del tiempo sobre un panel del despacho presidencial, desde su puesta a punto, en la hora Cero inicial, cuando se activó el programador electrónico de acción bélica.

—Dios mío... —estrujó sus manos nerviosamente, sin dejar de pasear por la estancia de la Casa Blanca—. ¿Alguna novedad de Moscú?

—Ninguna, señor. Llegó el mensaje del presidente, confirmando lo que dijera por el teléfono rojo. Ellos no han pulsado el botón de una máquina. Pero es lo mismo. La orden ha sido dada a cuarteles y centros estratégicos. A la hora prevista, las rampas de lanzamiento enviarán sobre nosotros y sobre Europa una lluvia de misiles SS-20.

—¿Qué ciudades serán las primeras en aniquilarse? —jadeó el presidente, muy pálido—. ¿Nueva York, Londres, Washington, París, Bruselas, Bonn, Roma...?

—Eso nadie lo sabe, señor. Solo ellos.

—¿Y... y nosotros? ¿Decidió el Alto Mando los puntos vitales?

—Los decidió, señor. Hay noticias que confirman el estado tenso de Hungría y de Rumanía. Se han elegido blancos en Budapest y Bucarest, para soliviantar a los habitantes de esos países. También en la URSS: Minsk, Kiev, Moscú, Leningrado...

—Oh, basta, basta... —se cubrió los oídos con ambas manos—. Me pregunto si no nos habremos vuelto todos locos.

—Es posible, señor —suspiró el vicepresidente—. Yo lo comprendo bien. También tengo esposa e hijos. Me pregunto qué será de ellos al final de todo esto... Como debe preguntárselo ahora el *premier* soviético, sin duda...

—¿Iniciamos realmente nosotros este horror? —dudó el presidente, inseguro.

—Estoy tratando de recordar, de volver la vista atrás... y honestamente, señor, no lo sé. Tal vez hubo un momento en que debimos dialogar, ceder ambos. No se hizo. Un sentimiento de orgullo, de miedo a mostrarse débil, pudo detenernos a ambos cuando aún era tiempo. Ahora, señor, ya es tarde para lamentarse.

—Sí, supongo que sí. Detener ese mecanismo, nada significaría ya.

—Absolutamente nada. Solo darles a ellos prioridad.

—¿Cuándo va a ser informada la opinión pública?

—Dentro de poco, señor. Estamos trabajando en eso. La ola de pánico mundial va a ser terrible. Y después de todo, incluso ignoramos los blancos elegidos por el enemigo. El caos no ayudará en nada a salvar vidas ni mantener la moral alta.

—Lo sé. Cuando empiecen a llover misiles, no habrá sitio en el mundo donde esconderse de su acción... Pero eso la gente no lo sabe. Piensa que

huyendo, ocultándose, puede eludir el peligro.

Hubo un pesado silencio en el despacho presidencial. Los guarismos rojos, luminosos, del reloj contador, iban pasando con escalofriante rapidez.

—¿Y las fuerzas armadas? —indagó el presidente.

—Todas en alerta máxima. También los cuarteles de la OTAN en Europa, señor. Es de suponer que la guerra no será solamente un intercambio de misiles. Las fuerzas del Pacto de Varsovia han realizado últimamente amplios movimientos hacia la frontera alemana y los campamentos de Alemania Oriental. La razón resulta obvia.

—Un ataque masivo a Europa... ¿Resistirán nuestros aliados allí?

—Posiblemente no, señor.

—Los refuerzos deben partir enseguida. Allí, quizá, se juegue la suerte del mundo.

—Ya lo pensé, señor. Pero no podemos dejar sin protección otros puntos, mientras no conozcamos las intenciones enemigas. Cuando se inicie su ataque militar, tendremos ya una norma a seguir. El frente europeo no puede derrumbarse en una semana. Llegaremos a tiempo, estoy seguro.

—Dios le oiga, amigo mío... —el presidente se sentó con lentitud, la mirada perdida en el vacío—. Dios mío... ¿cómo? ¿Cómo hemos llegado a esta situación?

Su vicepresidente ni siquiera supo qué responderle.

PEKIN, JULIO 26, 9.10 A.M.

—¿Cómo? ¿Cómo llegaron a esa situación? ¡Locos estúpidos!

Y el premier chino descargó un seco puñetazo en su mesa, dirigiendo luego una mirada profundamente indignada a sus interlocutores, el ministro del Ejército y el embajador japonés en la capital china.

Fue este último quien respondió suavemente a la pregunta exasperada del primer mandatario de la China Continental:

—Es posible que ambos cometieran un gran error, señor. Durante décadas enteras pudo haber sucedido. En esta ocasión, una serie de acontecimientos trágicos, de situaciones tensas y de mechas encendidas sobre polvorines tan virulentos como el petróleo, el terrorismo mundial, la crisis económica y las presiones internas de ciertos países divididos en su propio seno por nuevas corrientes ideológicas, han conducido fatalmente a esto. No debemos lamentarnos, sino ver de sobrevivir al desastre lo mejor posible.

—Ustedes tendrán que apoyar a sus amigos americanos, al menos moralmente —señaló el primer ministro chino.

—Nosotros intentaremos mantener la neutralidad, señor —manifestó

cautamente el diplomático japonés—. Esa es, al menos, la intención de mi Gobierno, aunque ello irrite a Washington.

—También yo deseo la neutralidad —suspiró el premier chino lentamente—. Es la única forma de sobrevivir. Pero si la URSS gana esta guerra, es posible que desee terminar con un enemigo peligroso en Asia, y nos invada. Si sostenemos nuestros mutuos acuerdos de cooperación y ayuda, eso involucraría quizá a su país en la extensión del conflicto.

—Tal vez entonces no nos fuese posible ya evitarlo. Visceralmente, estamos al lado de nuestros hermanos de raza, olvidadas las diferencias del pasado. Pero de momento, hemos elegido la neutralidad. Solamente si somos atacados, responderemos.

—Eso me tranquiliza por ahora —sonrió levemente el político chino—. Pero la nuestra va a ser una neutralidad muy difícil, recuérdelo.

—Por lo que nos jugamos en ello, no es fácil olvidarlo —sonrió a su vez el embajador japonés, moviendo afirmativamente la cabeza—. Solo nos queda esperar. Y ver cómo se despedazan inevitablemente entre sí los dos grandes colosos...

El primer dirigente chino asintió despacio, su mirada perdida en el vacío.

—Y yo sigo preguntándome... ¿cómo? ¿Cómo fue posible todo esto? —musitó el primer ministro del Gobierno de Pekín.

Una pregunta sin respuesta que muchos otros se hacían en ese trágico y decisivo momento de la Historia de la Humanidad.

NUEVA YORK, JULIO 26. 6.15 P.M.

—¿Cómo fue posible? ¿Qué locura hizo desencadenar este horror?

Eso es lo que yo me pregunto en estos momentos. Yo, Clark Foreman, de la Cadena de Televisión de la Costa Atlántica, WBC. Y como yo, los pocos que en el mundo conocemos ya la existencia de una tácita declaración de guerra, el estado de tensa espera que precede al inicio del gran holocausto humano.

Muchos se preguntarían cómo es posible que yo, un humilde presentador y productor de programas para la pequeña pantalla esté enterado de hechos, datos y detalles que se ocultan todavía al mundo, y que posiblemente esta misma madrugada, a primeras horas, se haga público, cuando ya falte muy poco para el estallido definitivo.

Los gobernantes mismos están asustados. De buena gana se volverían atrás, si no fuese porque temen mostrarse débiles o temerosos frente a su adversario. No, ya no creo que retrocedan, a menos que algo decisivo les hiciera retroceder en el último momento

Dios mío, ¿por qué tuve que ser yo de los primeros en saber lo que iba a ocurrir, lo que amenazaba implacablemente al mundo absurdo en que me ha tocado vivir, y que de un instante a otro saltará por los aires hecho pedazos gracias a los errores, la estupidez y la soberbia de unos pocos?

¿Por qué tuvo que ocurrir todo como ocurrió? Porque quizá nadie como yo, en todo el mundo, para saber de qué forma se inició este horror. Nadie como yo para rememorar, paso a paso, la angustiosa serie de circunstancias y de incidencias que desencadenarían finalmente esta segunda y decisiva fase final, recta hacia el caos.

Sí, yo creo que podría contestar a las preguntas sin respuesta que muchos grandes hombres del mundo se hacen en estos momentos. A ese «¿cómo?» terrible, vacío de respuestas, que se formulan desesperadamente todos y cada uno de los implicados en esta locura.

Bastaría echar la vista atrás y recordar cómo empezó todo.

Aquel día de este mismo año, en que se inició, sin nadie saberlo, el gran desastre que venía incubándose bajo la epidermis de la Tierra durante largo tiempo, hasta fermentar en una gangrena purulenta, cruel y mortífera, que nos devorase a todos...

PRIMERA FASE
(DE LAS «NOTAS DE FOREMAN» —2)

NUEVA YORK, JUNIO 19, 5.10 P.M.

—Quiero que se realice el programa lo antes posible, Foreman.

Me quedé mirando a Neil Slater, mi jefe de producción de los Estudios WBC-TV. Luego eché una ojeada al guion, abierto por sus páginas finales, sobre la mesa del despacho de producción.

—¿Está seguro de que quiere que presentemos eso a nuestros telespectadores? —dudé.

Neil Slater frunció el ceño, sin quitarme los ojos de encima.

—Claro —afirmó, rotundo—. ¿Es que hablo mal el inglés ahora?

—No, no —rechacé—. Solo que me sorprendió, eso es todo.

—¿Qué le sorprendió, Foreman?

—Su decisión. El dar el visto bueno a este guion.

—¿Por qué?

—Es... es una insensatez. Puede provocar el pánico en los espectadores...

—¿Y qué? Los histéricos se asustan siempre de cualquier cosa. No deja de ser lo que es: un simple programa de televisión. Si acaso, un tema de simple anticipación, un argumento más de política-ficción, es todo. Nadie tiene por qué tomárselo en serio.

—Aun así, hay algo en ese guion que no me gusta.

—¿Qué exactamente?

—No sé... Quizá el tema en sí. Es demasiado verosímil. Podría suceder en cualquier momento, tal y como se presenta ahí. Incluso puede estar ocurriendo ya, sin que nadie en el mundo lo sepa. Es lo malo que tiene. El autor es demasiado realista, no parece poner imaginación, sino realizar un frío reportaje.

—El reportaje de algo que nunca ha ocurrido —rio Slater, meneando la cabeza—. ¿Y qué, Foreman? No me diga que tiene miedo al apocalipsis...

—Tengo miedo a lo que opinen los espectadores de nuestros programas, Slater, solo eso. Usted es el jefe de producción, pero yo lo realizo y presento al público. Doy la cara, en suma. Si mi público se irrita conmigo, si se sensibiliza en exceso con este programa, puede costarme la popularidad, el puesto... todo.

—Soy responsable de la programación, ¿no?

—Sí. De cara a los altos mandos de la emisora —suspiré—. Pero no delante de las cámaras, enfrentándome a los que conectan el televisor con mi programa. ¿Qué dirán ellos, qué cartas lloverán a la emisora cuando ese programa se realice, y cada uno, cada persona, cada familia, se considere introducida virtualmente en el gran desastre?

—Las posibles protestas serán tenidas previamente en cuenta. Por ellas, ni yo le quitaré su programa semanal, ni el todopoderoso señor Scofield le echará a la calle, puede estar seguro, Clark.

—Quisiera esa garantía por escrito, y firmada por usted y por el propio señor Scofield, si no le importa.

—Mi querido Foreman, es usted el colmo de la desconfianza —se irritó el jefe de producción, pegando un resoplido—, pero está bien. Le firmaré esa garantía ahora mismo. ¿Conforme?

—Conforme —suspiré—. ¿Y la firma de Darryl Scofield?

—Sabe que el señor Scofield está en Europa estos días. No puedo hacerle firmar a distancia ni ir en su busca por esta tontería. Me consideraré responsable absoluto del programa en su ausencia. Soy el jefe de producción y siempre soy yo el que elige los programas, ¿no es cierto? Pues esta será una de esas veces. No sé qué puede tener ese guion que no tengan los demás que sobre temas de anticipación se han hecho en el mundo, incluyendo las series galácticas o los viajes en el «túnel del tiempo» de otras series televisivas, Foreman.

—Tiene... algo diferente. En aquellos guiones, todo era fantasía, ficción pura. Pero esto es distinto. Muy distinto. Esto puede ocurrir. De hecho, ha empezado a ocurrir en muchas partes del mundo. Es lo que me asusta, Slater.

—Al diablo con todo eso. ¿Y qué, si la gente se siente impresionada y cree vivir esos hechos como auténticos? Podríamos pasar a la historia de las transmisiones radiadas o televisadas, como H. G. Wells con su «Guerra de los Mundos». ¿recuerdas?

—Ahí no se habla de marcianos, sino de hombres y de países que todos conocemos, Slater —golpeé el guion con disgusto—. ¡De gentes que viven en este planeta! ¡De cosas que pueden ocurrir mañana mismo!

—Muy bien —Slater fue hacia la puerta del despacho—. Pero solo ocurrirá esta semana próxima, en su programa, Foreman. Una hora dedicada a un guion interesante, bien escrito y lleno de garra. Le pasaré luego ese papel firmado, asumiendo toda la responsabilidad del programa. Vaya eligiendo el reparto y seleccionando las fases de rodaje en video o en película.

—Sí, señor —dije con sarcasmo, cuando la puerta se iba a cerrar. Y pregunté rápido, antes de que se marchase definitivamente—: Un momento... ¿Quién es el autor del guion?

—¿No lo ha visto? —sonrió Slater—. Silas Sirk.

—Nunca he oído hablar de Silas Sirk —respondí secamente.

—Ni yo tampoco —rió mi jefe de producción—. Pero si ha preferido un seudónimo, allá él. Dejaron ese guion en mi despacho, dentro de un sobre de papel manila, dirigido a mi nombre, sin ningún detalle más, ni siquiera una línea. Fue enviado por recadero, no por correo. Es todo lo que sé. Pero el guion me gusta, y se hará, Foreman, diga usted lo que diga sobre sus posibles riesgos.

Cerró de golpe. Estaba decidido. Allí, cuando Neil Slater decía algo, había que callar y obedecer. O marcharse de la WBC-TV. Después del omnipotente Darryl Scoffield, director-propietario de la cadena de televisión, él era el amo allí. Habitualmente, no tenía nada que objetar a ello, porque Slater era un verdadero hombre de la televisión, un ejecutivo inteligente y sensible, capacitado para grandes cosas.

Sin embargo, esta vez estaba en contra suya. No me gustaba aquello. No me gustaba nada. Absolutamente nada. Pero tenía que cumplir órdenes. La idea de convertirme en el H. G. Wells de la década de los ochenta no me seducía en absoluto. Ni siquiera estaba seguro de que aquello fuese lo mismo. Wells había trabajado ante un micrófono, con presuntos marcianos invasores de la Tierra. Yo iba a trabajar ante las cámaras, presentando luego a mis espectadores habituales —varios millones, si el panel de audiencia no mentía— otra guerra muy distinta: nuestra propia guerra. La Tercera Guerra Mundial.

Y todo, porque a un anónimo escritor llamado Silas Sirk se le había ocurrido escribirla en un guion escalofriante de datos y verismo. Y a Neil Slater se le había ocurrido llevarlo a la práctica y presentarlo en la pequeña pantalla...

Poco después, estaba hablando telefónicamente con el Departamento de Repartos. Necesitaba dos actrices importantes de nuestro plantel habitual. Una, sería locutora de una imaginaria emisora de televisión. Otra, interpretaría el papel de un *premier* femenino en un importante país del mundo creado por el autor.

Me pusieron con Angie Corben, presentadora y actriz. La conocía ligeramente, por nuestro contacto en algunos otros programas. Era una chica atractiva y muy inteligente. Haría su papel doble y real en mi producción: presentadora y actriz a la vez.

—Será estupendo trabajar contigo, Clark —me respondió—. ¿Cuándo empiezan los ensayos?

—Pasado mañana. Mañana recibirás tu papel. Ve estudiándolo.

—Bien, Clark. Cuenta con ello. Tengo una memoria privilegiada.

—Lo sé —sonreí—. Espero que te guste tu trabajo. Y el guion, claro.

Momentos más tarde, pedía comunicar con otra actriz de los Estudios, la sugestiva, elegante y encantadora Doris Shelton, la única capaz en mi opinión de hacer el papel de *premier*.

Pero me dieron malas noticias en repartos:

—Lo siento, Clark. Doris Shelton está en Europa.

—¿Europa? ¿Qué diablos hace allí?

—Verás... Es la actual amigueta de Darryl Scoffield. Parece que esta vez va en serio. El viejo magnate, conquistador de bellezas, desea casarse con ella, apenas obtenga el divorcio de su esposa, Selena Scoffield.

—Mi enhorabuena —gruñí, disgustado—. ¿Qué otra actriz capaz de vestir elegantemente y pasar por una primer ministro de un país europeo tenéis a mano en estos momentos?

—La verdad, no muchas con esas cualidades —comentó el encargado de repartos sarcásticamente—. Si necesitaras una prostituta o una *go-go girl*, sería distinto... Espera. Te puedo enviar a Cynthia Kelly. No es tan elegante ni sobria como Doris Shelton, pero creo que valdrá.

—De acuerdo. Envíame primero unas fotografías de ella. Yo decidiré.

Colgué, tomando de nuevo el guion. Lo repasé lentamente, marcando con rotulador rojo o azul diversas secuencias, ya fuesen a ser realizadas en video o película. Las secuencias a rodar en directo en los estudios, las señalé en negro.

Estábamos a diecinueve de junio. Justamente el veintiocho se emitía este programa. Tenía que darme prisa. Llamé al departamento de archivo para seleccionar una proyección de documentales bélicos en busca de algo aprovechable para las secuencias de acción militar, aunque la mayoría deberían reproducirse en estudios o exteriores, dada la actual sofisticación de materiales de guerra, pese a los reportajes de maniobras militares existentes en nuestra filmoteca.

—Que Dios nos ayude —suspiré—. Sigue pareciéndome todo endiabladamente verídico. Como si el autor se anticipase en el tiempo, por alguna razón que ignoro.

WASHINGTON, JUNIO 27. 11.22 A.M.

—¿Estás seguro, Hawkins?

—Absolutamente, señor.

—¿Y usted, Walters?

—Pienso igual que Hawkins, señor.

—Bien... —el vicepresidente de Estados Unidos comenzó a pasear por la estancia con expresión preocupada—. ¿Han comunicado la decisión previa a los estudios de la WBC-TV?

—Sí, señor —asintió Brian Hawkins, del FBI—. Ha sido como un mazazo.

—¿En qué sentido?

—En todos. La emisora va a recurrir a sus abogados para reclamarnos legalmente por esta injerencia federal en sus asuntos. Ya veo los titulares

en la prensa, señor: «Medios de comunicación controlados y censurados al estilo fascista por el FBI». Será muy impopular la medida.

—Me tiene sin cuidado, lo que piensen de ella. Esa grabación del programa de Clark Foreman para ser emitida mañana, será examinada por expertos del Pentágono hoy mismo. Si ellos deciden que encierra elementos peligrosos de algún tipo, será preciso prohibir su emisión.

—¿Con todas sus consecuencias, señor?

—Con todas sus consecuencias, sí.

—Hará falta la orden de un juez federal. Y para que se firme esa orden, será preciso que los altos mandos consideren el programa como peligroso para la seguridad nacional.

—Si es peligroso para la seguridad mundial, es obvio que también lo es para la nacional —cortó el vicepresidente con sequedad—. Ahora, desearía hablar personalmente con los realizadores y autor de ese programa.

—Haremos las gestiones pertinentes, señor —terció Todd Walters, de la CIA—. Pero el señor Darryl Scofield, presidente ejecutivo de la cadena WBC-TV, no está ahora en Estados Unidos, inició un viaje de promoción por Europa y África. Creo que regresa la próxima semana.

—Bien, Esperaremos al señor Scofield. Pero mientras tanto, deseo hablar con Clark Foreman y los demás responsables del programa. Ahora, esperemos lo que resuelve el Pentágono sobre esa grabación. El general Parrish, del Alto Estado mayor del Mando Estratégico será encargado de informar al respecto. Como adjunto en el Cuartel General de la OTAN que ha sido durante años, está en condiciones de ser quien mejor juzgue sobre los aspectos «posibles» de ese maldito programa televisivo.

—Bien, señor —el federal se encaminó hacia la salida—. Voy a afrontar de nuevo esta fea tarea. Cuando llegue con esas noticias a los estudios de televisión en Nueva York, va a ser como poner una bomba nuclear en los cimientos del edificio de la WBC.

—No hable más de bombas nucleares —se estremeció el vicepresidente de Estados Unidos—. Ya tuve bastantes con las que se mencionan en ese programa...

MOSCÚ, JUNIO 27, 1.45 P.M.

—Los informes recibidos de nuestros agentes en Estados Unidos, son exactos, al parecer —declaró fríamente Fedor Kalinsky de la KGB soviética, tras leer detenidamente el texto que sostenía en sus firmes manos.

—¿Tiene alguna importancia un simple programa de televisión? —dudó su interlocutor.

—En este caso, puede tenerla. Se me informa aquí que el programa grabado totalmente en *video-tape*, ha sido bloqueado por la CIA y el FBI, y trasladado a examen por parte del Pentágono.

—¿Tan seria es la cuestión?

—Puede serlo mucho —asintió el agente Kalinsky—. Según las referencias que nos transmiten nuestros agentes, ese programa podría ser dinamita pura. Encierra demasiadas circunstancias reales, demasiados hechos concretos y precisos, alusivos a la situación actual del mundo, para no considerarlo una especie de anticipación de graves hechos. Siempre basándose en la posibilidad de una serie de acontecimientos que nuestros propios expertos en política internacional tienen ya previstos de antemano.

—¿Atenta contra nuestra imagen y nuestra dignidad nacional también?

—No conozco esos detalles —suspiró Fedor Kalinskiv—. Al parecer, atenta contra todo y contra todos. Es la posibilidad inmediata de una Tercera Guerra Mundial, descrita en sus inicios, consecuencias y motivaciones con un verismo escalofriante.

—Muchos autores de *best-sellers* han hecho ya eso antes. Y también se produjeron películas más o menos tendenciosas sobre la materia, sin que interviniesen altos estamentos en su contra.

—Este caso es distinto. O lo parece. Es como si quien escribió este guion, quien realizó esa grabación y la llevó a la pequeña pantalla, o todos juntos, conocieran no solo altos secretos de Estados Unidos... sino de la propia Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

—¿Quiere decir que han manejado hechos ultrasecretos, datos militares o políticos que solo nosotros podríamos conocer? —se sobresaltó por vez primera el interlocutor del hombre de la KGB soviética.

—Exactamente, esa es la situación —suspiró Kalinsky, ceñudo—. Y según mis noticias también lo es respecto a los propios organismos secretos y de seguridad de Estados Unidos. Por ello han congelado la transmisión del programa, a la espera de una orden judicial de carácter federal que haga definitiva la medida.

—Cielos, eso cambia las cosas —el otro hombre se mostró agitado—. ¿Conoce el Politburó los hechos?

—Voy a informarles ahora de ellos. Por eso quise informarle antes, como director de los Servicios de Comunicaciones de nuestro país que es usted. Téngalo todo a punto. Si no hay fallos, y espero que no los haya, un agente nuestro se ha logrado hacer con una copia en *video-tape* de ese programa, y estará pronto en camino por el medio habitual más seguro. Tenga todo preparado en la sala de proyecciones de la televisión, para que varios altos dignatarios presencien con nosotros la exhibición del citado programa...

—Bien. Veremos qué clase de explosivo hay en realidad dentro de esa grabación...

—Si los informes son fidedignos, uno de la más alta potencia, que podría estallarnos en las manos...

NUEVA YORK, JUNIO 27, 4.30 P.M.

—¡Es un abuso de autoridad, un acto indigno de un país democrático!

—Lo lamento, Clark. Pienso como usted. Pero al parecer, tuvo usted razón en algo cuando le presenté ese guion. Alguien más ha pensado que es explosivo, y ha tomado medidas drásticas con el programa.

—Y ahora, ¿qué hacemos mañana, con mi hora en blanco, sin nada preparado para sustituir el programa prohibido? —me enfurecí, tras echar otra ojeada a la orden judicial que, con rara prontitud, un juez federal había firmado, corroborando la congelación del programa ya grabado y a punto de emitirse.

—Eso es lo de menos. Podemos cubrirlo con algo, Foreman. Usted no es responsable de todo esto, recuérdelo —me calmó Neil Slater—. Yo le firmé un documento que le deja ahora libre de toda responsabilidad, ante las autoridades federales y ante el Consejo Directivo de la emisora.

—¡Al diablo con todo eso, Slater! —gruñí—. No quiero que sea usted la víctima propiciatoria de todo esto. Ni pienso utilizar su autorización para nada. Estamos embarcados en una misma nave, y afrontaremos juntos nuestras responsabilidades. Me había llegado a encariñar con ese maldito guion.

—Lo sé. He visto el *video-tape*. Me gustó su trabajo, Clark. Un programa magnífico, lleno de verismo, de cruda realidad...

—Eso es lo malo —me quejé—. Demasiado verismo, Slater. Es lo que nos ha perdido, se lo advertí. Para alguien, el progreso es puro TNT con una mecha encendida. Ya le dije que lo veía demasiado «vivo», demasiado real. ¿Quién tiene ahora la grabación?

—Hicimos tres grabaciones por si acaso. Dos están en poder del FBI y la CIA. El propio presidente quiere verla en la Casa Blanca.

—¿Y la tercera grabación?

—Está en nuestro poder clandestinamente, dada la situación —me guiñó un ojo, en complicidad, el jefe de producción—. Venga, le mostraré dónde la guardé anoche, cuando llegaron los primeros rumores de prohibición del programa.

Le seguí. Llegamos a los archivos de programas y se puso a buscar en el departamento de Programas Infantiles. La idea me pareció ingeniosa. Cualquier cosa podía decirse de mi última producción, menos que fuese

para los niños.

—Aquí está —dijo, satisfecho, extrayendo una caja herméticamente cerrada, con el nombre de un cuento de Perrault en su superficie—. Dada la situación, esta copia puede valer millones... si es que puede llegar a ser emitida en algún país europeo, pongamos por caso, donde las autoridades del Gobierno sean menos suspicaces.

Tomé el envase del *video-tape* de sus manos. Lo miré, pensativo.

—Me gustaría verlo de nuevo —dije—. Tal vez fuese posible proyectarlo sin testigos molestos...

—Sí, venga. Discutiremos los detalles de la grabación durante su proyección. Yo mismo la proyectaré, para que nadie excepto nosotros, sepa de la existencia de esta copia...

Fuimos a la cabina de proyección personal de Slater, cerró él con pestillo y encajó la cinta magnética en el *videocassette*. Sobre la pantalla de la íntima cámara provista de solo media docena de butacas, comenzó la proyección del video.

—¿Qué diablos es esto? —gruñí, al ver aparecer los créditos del principio.

Él se quedó perplejo, mirando a la pantalla, donde empezaban a surgir inefables dibujos animados en bellos colores, con rótulos llenos de un encanto delicioso, infantil, pero que maldita la gracia que podían hacernos en este caso.

—¡No lo entiendo! —bramó—. ¡Es el envase de la copia, no cabe error posible!

Me mostró la caja, donde vi sus iniciales con tinta azul, en un ángulo. Era su clave para identificar la grabación. En la pantalla seguían apareciendo imágenes en dibujos animados. Y no tenían trazas de cambiar.

Examiné la cinta adhesiva del estuche de la cinta de video. La mostré a Slater.

—Vea esto —señalé—. Ha sido despegada no hace mucho, y adherida de cualquier manera.

—¡Es cierto, maldita sea! —jadeó, palideciendo—. Puse ahí otra inicial mía entre los dos extremos de la cinta... y no coincide ahora en sus bordes... ¡Alguien se llevó el *video-tape*.

Nos quedamos mirando con asombro y temor. Detuvo la proyección. Retiró los dibujos animados, y tras localizar en los archivos la caja correspondiente a esa grabación, todo estuvo claro. La caja estaba vacía. Apresuradamente, alguien cambió una cinta por otra, dejando vacía la del cuento infantil elegido para la suplantación.

—Dios mío, pero ¿quién...? —se lamentó Slater, demudado.

—Al parecer, nuestro programa es demasiado popular para mucha gente, aun antes de haberse emitido —me quejé con amargura—. ¿Va a informar de esto al FBI o a la CIA?

—¡Dios no lo quiera! Serían capaces de procesarme por conspiración...

—Pues yo que usted, lo haría lo antes posible, ocurra lo que ocurra —sugerí—. Si no me equivoco, creo saber quién o quiénes podían tener interés en poseer una copia de ese programa, amigo mío...

* * *

Angie Corben me miró con expresión pesarosa.

—Cuánto lo siento —murmuró—. Había puesto mucha ilusión en ese papel.

—Lo sé. Había momentos en que realmente parecías anunciar hechos ciertos, no interpretar el papel de una presentadora de televisión. Pero así están las cosas. El programa ni siquiera creo que llegue a ver la luz alguna vez...

Mi colaboradora y compañera de rodaje, la joven actriz y presentadora a quién yo eligiera para interpretar el primer papel en el guion, parecía realmente abatida, y era lógico que así ocurriera. Todos lo estábamos en el Estudio de la WBC.

Miré distraídamente a un monitor arrinconado, donde el boletín informativo seguía su rutina habitual, hablando de los problemas energéticos del momento, las elecciones en un país europeo, conatos de revueltas islámicas en Asia y cosas por el estilo. Ahora estaba comentando la reunión urgente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, solicitado por Estados Unidos para discutir el asunto de un golpe militar de claro matiz antioccidental en un rico país petrolífero del golfo Pérsico. Vamos, lo de siempre, más o menos.

—¿Tan mal están las cosas con el programa? —se interesó Angie.

Me volví hacia ella, que resultaba bastante más grata de contemplar que el locutor con sus noticias machaconas y repetidas. Asentí, ceñudo.

—Sí, me temo que sí. Hasta el presidente ha intervenido en ello. Estamos a la espera de lo que resuelvan él y los del Pentágono. Pero no me siento optimista.

—¿Temías ya algo parecido antes de realizarlo?

—Bueno, no tan importante. Temía complicaciones, problemas de tipo político y cosas así. Pero al parecer, todo quedó demasiado crudo, demasiado sincero. Y muchos han empezado a darse por aludidos, no solo en Washington...

—¿Dónde entonces? —Angie abrió enormemente sus bonitos ojos verdes como esmeraldas, clavándolos en mí.

—Prefiero no hablar de esto. Sería pura teoría, después de todo... —sacudí la cabeza—. Pero las noticias de ese tipo vuelan, Angie. A los cinco minutos de intervenir en este asunto la CIA y el FBI resulta inevitable que hubiese filtraciones. En fin, dejemos eso. Es mejor pensar en otras cosas. ¿Vamos a tomar algo a la cafetería? Es tarde, y con todo este jaleo ni

siquiera he almorzado hoy.

—¿Tú invitas? —sonrió ella.

—Por supuesto —asentí con un suspiro—. Nunca dejo pagar a las mujeres a quienes acompaño...

—Muy galante por tu parte.

Salimos del saloncito de los estudios, dirigiéndonos a los ascensores que nos condujeran a las cafeterías de la planta baja. En el corredor nos encontramos con una dama alta, muy elegante, de cabello rubio ceniza, melena corta, indumentaria sobria, de tonos grises, y belleza serena y aristocrática. Nos detuvo, mirando con cierta timidez en torno suyo. Recordaba haberla visto en alguna ocasión, pero no logré localizarla en un principio.

—Perdone —preguntó—. ¿Está en esta planta el Departamento de Dirección Ejecutiva?

—No, no —pestañeé—. Eso es de los «peces gordos»... Oh, perdón, señorita. Me refiero a los altos jefes. Última planta del edificio.

—Gracias —sonrió—. Este edificio me es poco familiar, pese a todo. Busco a mi exesposo, Darryl Scoffield... Bueno, aún somos marido y mujer, solo legalmente, pero en estos días nos concederán el divorcio definitivamente...

—Perdone, señora. ¿De modo que usted es la señora Selen Scoffield?

—Sí, la misma. ¿Puedo ver a mi esposo ahora?

—Me temo que no. No ha regresado aún de Europa y África... Creo que la próxima semana estará aquí.

—La próxima semana ya no hará falta que le vea —sonrió de nuevo con ironía—. Solo quería comentar con él ciertos extremos de la separación... Bien, gracias de todos modos, señor...

—Foreman. Clark Foreman, señora Scoffield.

—Oh, cierto. Ahora le reconozco. Celebro conocerle personalmente. Me encantan sus programas semanales.

—Es muy amable, señora.

—Mañana espero verle de nuevo en su programa habitual... —comenzó a decir, iniciando la marcha.

—Me temo que eso tampoco sea posible, señora. Mañana no habrá programa mío.

—¿Cómo? —se asombró ella, mirándome con perplejidad—. Creí que era el día de su espacio...

—Y lo es. Pero hubo problemas... El programa no saldrá a la pantalla.

—Lo siento de veras.

—Yo también, señora. Pero han ocurrido cosas ajenas a la WBC... Una larga historia que, sin duda, en nada le afecta a usted. Buenas tardes...

Nos alejamos de ella, que tomó el ascensor, pese a que no hallaría allí a su marido, para subir a la última planta del WBC Building. Nosotros

bajamos a la cafetería.

Apenas sentados en una mesa de la misma, llegó otra noticia que me quitó el apetito que tenía.

La camarera esperaba que le encargase el menú, cuando apareció junto a nuestra mesa Neil Slater. Venía con el rostro congestionado y una dura expresión de ira en su ancho rostro. Agitaba un papel en su mano, un cablegrama sin duda.

—Le andaba buscando, Clark —fue lo primero que dijo, tras dirigir un breve saludo cortés con la cabeza—. Ha estallado otra bomba.

—¿Una más? —le miré, alarmado—. ¿Cuál ha sido ahora?

—Mi despido —dijo bruscamente.

—¿Cómo?

—Lea eso, Clark. Un cablegrama desde Johannesburgo. Lo firma el señor Scofield.

Lo leí. Era breve, duro y frío. Como todo lo que decía Scofield:

ENTERADO PROBLEMAS PROGRAMA FOREMAN CON
AUTORIDADES FEDERALES. INEXPLICABLE SU CONDUCTA
IRRESPONSABLE EN EL ASUNTO. QUEDA DESPEDIDO, POR
INCOMPETENTE. DARRYL SCOFFIELD

—Vaya... El viejo coloso sigue igual —murmuré cansadamente, devolviendo el papel a Slater—. Cuando el martillo golpea, lo tritura todo.

—Cuando vuelva, voy a decirle unas cuantas cosas bastante fuertes —masculló Slater con mal humor—. Esta no es forma de resolver una situación. A tantas millas de distancia y sin conocer el asunto a fondo... Claro que usted nada tiene que temer con su documento firmado por mí, Foreman...

—No diga tonterías —me irrité—. Cuando vuelva Scofield, no habrá una baja en el equipo de producción, sino dos. Usted, cesado. Yo, dimitido.

—Eso sí sería una tontería por su parte, Foreman —pese a su tono de reproche, el duro Slater parecía realmente enternecido por mi rasgo de lealtad—. La WBC no puede permitirse el lujo de dos bajas a la vez, y menos aún la suya amigo mío.

—Scofield hubiera sido el clásico tirano feudal, de haber nacido en la Edad Media. O un buen *reichführer*, de haber nacido en la Alemania de los años treinta. Me encantará verle contrariado por una sola vez en su vida, maldito sea el cacique.

—Cuidado —rogó Angie apuradamente, mirando en torno suyo a las mesas cercanas, desde las que algunos rostros entre curiosos y escandalizados, se habían vuelto a mirarnos—. Si luego cambias de idea, Clark, va a serte difícil la convivencia con Darryl Scofield. Ya sabes que la gente arde en deseos de fastidiar al prójimo, y no dudarán lo más mínimo

en informarle de lo que estás diciendo.

—Me tiene sin cuidado —gruñí—. No pienso retractarme. Hay cosas mucho más importantes que mi puesto en esta empresa o las decisiones del señor Scoffield, actualmente en juego. Y todos empezamos a darnos cuenta de ello, nos guste o no.

—Usted tuvo razón en todo, Ciark —confesó amargamente Slater, sentándose en nuestra mesa con aire de cansancio—. Nunca debí dar el visto bueno a aquel guion. Pero me entusiasmó la idea de hacer algo importante y veraz en la pequeña pantalla, rompiendo con nuestra habitual rutina en el medio.

—Lo cierto es que a mí también me gustó realizarlo. Pero sabía que no podía salir bien, que ese original era demasiado virulento, demasiado real para ser aceptado sin escándalo y sin problemas. ¿Sabe una cosa, Slater?

—¿Qué, Clark?

—Me gustaría mucho saber quién diablos es realmente ese «Silas Sirk» que firma el guion.

—Y a mí también —admitió Slater, frunciendo el ceño.

—Sí, me gustaría mucho llegar a saberlo alguna vez. Porque me pregunto cómo y dónde pudo llegar a saber tales cosas sobre el futuro inmediato del mundo, para plasmarlas en un simple guion televisivo.

—No creará... no creará que todo eso que pusimos en escena nosotros... va a suceder realmente, ¿verdad? —se alarmó Neil Slater, mirándome con ojos repentinamente desorbitados.

—Mi querido amigo, sí. Eso es, justamente, lo que pienso —confesé con tono preocupado, mientras Angie también me contemplaba preguntándose acaso si yo estaba rematadamente loco.

Pero aquel mismo día empezó a demostrarse que no estaba loco. Para desgracia mía y de todos, un hecho repentino y dramático alteró el equilibrio mundial, tan precario de por sí, y nos sacudió a todos con una convulsión violenta, que presagiaba la catástrofe a la vuelta misma de la esquina.

Fue cuando la radio y la televisión transmitieron la noticia que, solo unos minutos más tarde, aparecía en gruesos y espectaculares caracteres en las primeras planas de las ediciones especiales de los periódicos, lanzadas a la calle apresuradamente:

¡UN COMANDO TERRORISTA DE DESCONOCIDA FILIACIÓN, TOMA POR LA FUERZA LA SEDE DE LAS NACIONES UNIDAS, SECUESTRANDO BAJO AMENAZA DE MUERTE A TODO EL CONSEJO DE SEGURIDAD REUNIDO POR LA CRISIS DEL GOLFO PÉRSICO!

NUEVA YORK, SEDE DE LAS NACIONES UNIDAS. JUNIO 27. 7.18 P.M.

Había logrado cruzar el primer cordón policial gracias a mi credencial de periodista, profesión que había sido la primera de mi vida y a la que no había renunciado, compartiéndola con la de realización y presentación de programas de televisión en la Cadena WBC.

Pero fue materialmente imposible de atravesar la impermeable línea segunda, formada por fuerzas de seguridad federales, agentes de policía especializados, con fusiles de alta precisión y gran potencia, miembros de las propias Naciones Unidas, en agitados corros, y personal oficial del Gobierno de Estados Unidos.

—Lo siento, señor —me dijo cortésmente un oficial de policía—. Ni siquiera la prensa tiene acceso al palacio central de la ONU. La seguridad de los rehenes allí retenidos por el comando armado, así lo exige.

—¿Cuántos terroristas son, exactamente? —me interesé, contemplando las luces de las grandes cristalerías de la caja de cerillas que era la ONU, al borde del East River.

—Lo ignoramos, pero su número ha de superar, forzosamente, la docena. Todos armados con armas ligeras y muy sofisticadas, evidentemente.

—¿Se conoce ya su filiación?

—En absoluto. Su portavoz habla inglés correctamente, sin ningún acento especial extranjero.

—¿Qué exigen?

—De momento, total calma si queremos que los valiosos rehenes que constituyen los miembros de las diversas naciones formando el Consejo de Seguridad, con el Secretario General de las Naciones Unidas al frente, no corran peligro mortal. En poco tiempo, según su portavoz, expondrán sus condiciones.

—¿Cómo pudieron entrar en la ONU, salvando las medidas de seguridad y control? —me sorprendí.

—Señor, no puedo responderle a eso, y no por medidas de prudencia, sino porque lo ignoramos totalmente —manifestó con voz ronca el oficial de policía, encogiéndose de hombros con aire abatido—. Por favor, retírese. Cuantos más curiosos se reúnan aquí, tanto más difícil será controlar la situación y poder tomar medidas para rescatar sanos y salvos a los rehenes, capturando a los componentes del comando.

Asentí. El funcionario tenía razón, después de todo. Me reuní con Slater y Angie, en el primer cordón policial, donde cámaras de televisión, fotógrafos, curiosos y algunos grupos ruidosos, manifestándose contra el terrorismo indiscriminado, empezaban a formar una densa marea humana en los límites de la zona internacional del edificio de la ONU.

Les conté los detalles obtenidos, y nos miramos en silencio. Los megáfonos policiales rogaban la dispersión de grupos de curiosos. Coches blindados de la policía iban llegando, con gente armada que se desplegaba

por doquier. Fuerzas especiales, dotadas con elementos de lucha contra el terrorismo, aparecían agrupadas, en espera de las medidas a adoptar en tan crítica situación.

—Asia hierve en los países árabes... y ahora esto —jadeó Slater.

—Pero esto no estaba en ese guion, Slater —le recordé—. Sin embargo, no me gusta nada lo que sucede.

—A mí tampoco. No quiero pensarlo, si llegan a morir ahí dentro los rehenes...

—Si al menos supiéramos qué clase de terroristas son exactamente... —comenté, ceñudo, la mirada fija en las luces y banderas de la ONU.

Pronto íbamos a saberlo. Pero eso no nos aclararía gran cosa a nadie, empezando por la propia Asamblea del Consejo de Seguridad.

NUEVA YORK, CONSEJO DE SEGURIDAD, SEDE DE LA ONU. JUNIO 27, 9.30 P.M.

—¿Quiénes han dicho que son ustedes?

La pregunta la hacía el propio Secretario General, pálido pero sereno a pesar de la extrema tensión que reinaba en la amplia sala, repleta de miembros del Consejo, silenciosos y asustados, inmóviles en sus respectivos pupitres.

El portavoz del comando terrorista se volvió hacia él. Entre sus manos, el fusil ametrallador, ligero y automático, de moderno diseño, apuntaba como los de sus compañeros dispersos por la sala, a los integrantes de la asamblea internacional. Tras el pasamontañas, los ojos brillaron duramente.

—Pertenece a la OINUP —dijo secamente, repitiendo aquellas siglas misteriosas e indescifrables para los presentes.

—¿A la OINUP? —insistió el Secretario General, meneando negativamente la cabeza—. No sé lo que significa. Nunca oí hablar de ello.

—Organización Internacional del Nuevo Poder —explicó el portavoz del grupo.

—¿Y eso qué significa, exactamente?

—Pronto lo sabrán —rio la voz, bajo la máscara de lana ajustada a su cabeza—. De momento, es mejor que permanezcan como hasta ahora. Y que usted se comunique con el exterior, señor Secretario General, para exponer nuestras condiciones.

—Serán inaceptables para el Gobierno de Estados Unidos, estoy seguro de ello —manifestó roncamente el aludido.

—Peor para ustedes —comentó sarcástico el jefe de los secuestradores—. Eso les costará la vida, en grupos de tres en tres, hasta que no quede uno... o hasta que Washington acceda. De modo que procure ser convincente.

El Secretario General asintió. Los micrófonos de la sala habían sido conectados a la línea exterior de altavoces, bajo la supervisión de los propios terroristas, y ahora debía hablar el principal cautivo.

Frío, impávido, el Secretario General se aproximó al estrado de los discursos. Un miembro del comando se situó a su lado, apoyando el cañón de su fusil ametrallador en el costado del alto mandatario internacional.

—Hable —ordenó el portavoz con tono áspero—. Y mida bien sus palabras.

Enmedio del impresionante silencio del hemiciclo, el Secretario General empezó su conferencia con el exterior:

—Aquí el Secretario General de las Naciones Unidas, hablando desde el Consejo de Seguridad. ¿Me oyen bien?

Una pausa. Luego, por los altavoces de la sala, llegó una voz nítida, clara:

—Sí, señor Secretario. Le escuchamos perfectamente. ¿Están todos bien?

—Por el momento, sí —asintió, con una débil sonrisa—. Algo asustados, pero bien.

—¿Les tratan correctamente?

—De momento, sí.

—¿Cuántos son los componentes del comando que les retiene prisioneros ahí?

—No responda a eso —silabeó su pareja, apretando con fuerza el cañón del arma en sus costillas.

—Lo siento —apretó los labios el Secretario General—. No puedo responder.

—Comprendido. Siga. ¿Qué desean ellos, exactamente, para liberarlos?

—Sus condiciones abarcan tres puntos básicos. ¿Puedo exponerlos?

—Adelante, por favor.

—Primero: un avión con tripulantes y combustible para un largo viaje. Y garantías de que nadie intentará evitar su salida del país.

—Siga.

—Segundo: liberación de los terroristas de todo tipo que fueron encarcelados en los países pertenecientes a las Naciones Unidas, durante los últimos diez años, en el plazo máximo de cinco horas. Y pruebas concretas, en ese mismo plazo, de que tal condición fue aceptada.

—¿Y tercer punto?

—Inmediata congelación de todas las exportaciones petrolíferas de los países de la OPEP a los países desarrollados.

—¡Pero todo eso es imposible! —clamó la voz desde los altavoces.

—Añada el resto —pidió secamente el portavoz.

—Si se niegan a cualquiera de los tres puntos, en el plazo marcado de cinco horas comenzarán a ejecutarnos a los miembros aquí presentes, a

razón de tres por cada cuarto de hora. Es su última palabra.

—Un momento —jadeó el interlocutor del exterior del edificio internacional—. Debo consultar con más altas jerarquías todo eso.

—La respuesta ha de llegar en quince minutos. Ni uno más —avisó el Secretario General—. O ellos empezarán a disparar sobre nosotros...

—Está bien —se notó nerviosismo en la voz—. Denos ese tiempo. Tendrán la respuesta previa antes de transcurrido el plazo...

—¡Corten —terció el portavoz ásperamente.

Se desconectó el sistema acústico con el exterior. El silencio, más denso e inquietante que nunca, volvió a adueñarse del recinto internacional.

NUEVA YORK. EXTERIOR DE LA SEDE DE LA ONU, JUNIO 27. 9.19 P. M.

—¿Me escuchan? —pregunto el gobernador de la ciudad de Nueva York, rígido ante los micrófonos instalados en el exterior de la ONU.

—Sí, hable —sonó la voz dura y cortante del hombre que dirigía la operación en el interior del Consejo de Seguridad—. Escuchamos muy bien.

—Tengo la respuesta del vicepresidente de Estados Unidos, tras haber conferenciado con el presidente mismo en la Casa Blanca. Habla con ustedes el gobernador de Nueva York.

—Adelante. Vaya al grano. Pasa un minuto del cuarto de hora concedido.

—No hay respuesta definitiva aún, señores.

—Entonces, empezaremos las ejecuciones inmediatamente...

—¡Esperen! —chilló, angustiada, la primera autoridad de la ciudad—. Tengo algo más que decirles, por favor.

—Pues hágalo, y pronto. Nuestra paciencia se agota.

—En lo que a nosotros respecta, liberaremos seguramente a los terroristas encarcelados. Disponemos para ello de cinco horas, ¿no es cierto?

—Menos dieciséis minutos, exactamente —rectificó el portavoz del comando.

—Bien. Nosotros no podemos responder de lo que hagan países como Inglaterra, Alemania Occidental, Italia y otros. Se intentará conectar con todos ellos en el menor espacio de tiempo posible, y convencerles de que obren de igual modo.

—Eso no soluciona nada, por el momento.

—¡No se puede hacer otra cosa! Están ustedes en Nueva York, no en el mundo entero a la vez. En cuanto al avión, tendrán un reactor acondicionado, y unos vehículos que les conducirán al aeropuerto con toda garantía.

—Eso por supuesto —rió su interlocutor—. Llevaremos con nosotros a suficientes rehenes para asegurar ese punto, hasta hallarnos en un lugar seguro. Sus vidas responderán de ello. ¿Qué hay del tercer punto?

—Es... es el más difícil y espinoso —se enjugó el sudor el gobernador de Nueva York—. Comprendan, se lo ruego. La OPEP es quien debe decidir. Son muchos países, han de reunirse urgentemente en alguna parte del mundo, conferenciar, decidir... Es una medida radical, extrema... Significa el cierre del grifo energético al mundo entero. Tal vez no accedan...

—Bien. Aquí tienen también a sus delegados. Serán los primeros en caer. Y recuérdensles que no soltaremos a sus rehenes en tanto no se vuelen esos pozos petrolíferos o se destruyan los oleoductos.

—Es... es una petición desusada, salvaje... —jadeó el gobernador, agobiado—. No puedo responder de que resulte...

—Esperaremos la decisión de la OPEP. El Nuevo Orden no quiere países desarrollados. El mundo futuro ha de ser diferente, recuérdenlo. De eso nos encargamos nosotros. Ahora, esperaremos. Solo el tiempo fijado: cuatro horas y cuarenta minutos desde este momento. No lo olviden. Cortamos comunicación.

—¡Esperen! —pidió el gobernador.

Inútil. Habíase interrumpido toda conexión. El gobernador de Nueva York se reunió con el director del FBI y el Secretario de Justicia del Gobierno de Estados Unidos, presentes en los aledaños de la ONU en esos momentos. Todos estaban demudados, tensos.

—¿Qué podernos hacer? —susurró el gobernador.

—No lo sé —musitó el Secretario de Justicia. Tendió un mensaje radiográfico al Gobernador—. Lea esto. Acaba de llegar.

El radiograma iba firmado por los países integrantes de la OPEP. Su texto era lacónico:

Primer contacto mutuo, resultados negativos. No cederemos. Nos reunimos dentro de dos horas todos los miembros posibles en París. Pero seguramente reafirmaremos nuestra postura. No hay negociación con los terroristas. No congelaremos las entregas de combustible.

—¿Qué va a suceder? —gimió angustiadamente el director del FBI.

—Solo hay un camino —dijo severamente el Secretario de Justicia—. Entrar ahí y liberar a los rehenes... cueste lo que cueste. Es la última decisión presidencial, señores. Y hay que hacerlo. Al precio que sea.

Siguió un silencio denso, dramático. Luego, se encaminaron a los coches aparcados en torno a la ONU, repletos de tiradores y comandos especializados. Iba a darse la orden de asaltar el edificio internacional a

todo riesgo. Con cuanto ello pudiera significar.

Sobre el East River, helicópteros y aviones de combate de las *USA Air Forces*, sobrevolaban a la espera de los acontecimientos trágicos e inevitables que se avecinaban...

NUEVA YORK, SEDE DE LA ONU, JUNIO 28, 12.35 A.M.

—Todavía disponemos de una hora y cuarenta minutos...

—No importa. No agotaremos el plazo. Ya sabemos la decisión final de la OPEP —declaró gravemente el director de la CIA, en pie junto a su colega del FBI—. Sabemos que no acceden. Sean quienes fueren esos terroristas, deben ser exterminados.

—¿Y los rehenes ahí cautivos? —preguntó angustiadamente el gobernador de la ciudad.

—No sé lo que sucederá con ellos. Es inevitable que corran riesgos, aunque el ataque está previsto en sus menores detalles, para que resulte lo menos cruento posible... Este chantaje a escala mundial es inaceptable de todo punto.

—¿Se ha logrado saber algo sobre el origen real de ese comando?

—Nada. La OLP ya ha comunicado oficialmente su desconocimiento absoluto de tales individuos. Igualmente los organismos palestinos rechazan toda relación posible con los terroristas. Los musulmanes árabes no aceptan en absoluto ni las exigencias de esos hombres y menos aún tener contacto con sus miembros o conocimiento de su existencia.

—¿Podrían ser neonazis o comunistas extremistas?

—Como podrían ser anarquistas, ácratas o simples criminales —suspiró el director del FBI encogiéndose de hombros—. Todo el mundo, que yo sepa, condena su actividad.

—Las condenas no siempre significan algo.

—Cierto. Pero oficialmente nadie tiene nada que ver con ellos. La URSS tiene ahí dentro a su representante, e incluso hay criterios en el Kremlin que nos tachan de posible complicidad con los terroristas ahí instalados.

—¡Eso no tiene sentido! —protestó el director de la CIA.

—Tampoco lo tiene que ciertos círculos políticos responsables de nuestro país hayan acusado a la Unión Soviética de instigación a este golpe de efecto para dejarnos en evidencia ante el mundo —objetó el secretario de Justicia—. Creo que todos estamos dejándonos llevar en el fondo por una corriente de peligroso histerismo.

—Que tal vez, a fin de cuentas, es lo que busca esa gente de ahí dentro —dijo una voz, cerca de los altos dignatarios de la nación.

Todos se volvieron hacia el que había hablado.

—¿Quién es usted? —preguntó abruptamente el director del FBI.

—Clark Foreman, de la cadena de televisión WBC —respondió el

aludido.

NUEVA YORK, SEDE DE LA ONU, JUNIO 28, 12.45 A.M.

—¿Por qué ha dicho eso? —me preguntó el director de la CIA hoscamente.

—Porque es la única explicación posible a ese golpe absurdo y sin sentido —dije fríamente.

—¿Sugiere que ellos no esperaron en ningún momento que aceptáramos sus condiciones?

—Exactamente. Es lo que creo.

—¿Qué se lo hace pensar?

—Es solamente una teoría, señores. Tengo ciertos motivos para pensarlo, pero ustedes los calificarían de absurdos.

—Yo no —terció glacialmente el director del FBI inclinándose hacia mí—. Sé quién es usted. Tengo sobre mi mesa de trabajo un *video-tape* suyo, que acabo de visionar cuando sucedió esto. ¿Sabe a lo que me refiero, señor Foreman?

—Por supuesto —sonreí calmoso—. ¿Quién no lo sabría? A eso me refería, exactamente.

—Cuando esto termine, quiero tener con usted una larga, muy larga entrevista, señor Foreman, relacionada con ese guion suyo...

—Estaré a su entera disposición, se lo aseguro. ¿Piensan atacar?

—Sí. Pero si usted está en lo cierto ese... ese comando es solo un grupo suicida.

Era el Secretario de Justicia quien había hablado. Yo asentí.

—Sí, una especie de kamikaze de nuevo estilo —admití, con gravedad—. Aunque tal vez incluso ellos lo ignoren, y hayan sido enviados aquí con esa secreta intención por parte de sus superiores...

—¿Qué objeto tendría para ellos morir estúpidamente, junto con sus rehenes?

—Tal vez la respuesta a todo eso esté en un futuro próximo, señor —manifesté amargamente, contemplando el despliegue de medios que se advertía ya en torno a la ONU, a base de grupos especiales de combate, comandos antiterroristas y toda clase de sofisticados medios de lucha para situaciones como aquella—. Quizá incluso demasiado próximo...

Luego, dejamos de hablar. Porque la batalla por la reconquista de la ONU y, en particular, de su Consejo de Seguridad, había comenzado.

Su final era imprevisible.

Y resultó infinitamente más fantástico y sangriento de cuanto pudimos todos imaginar en aquellos cruciales momentos de la crisis desencadenada a las orillas del East River, en el edificio de la Asamblea General, donde se celebraban habitualmente los Consejos de Seguridad, anexo al alto y plano edificio rectangular del Edificio de Conferencias, ocupado en estos momentos en su totalidad por fuerzas de la policía e incluso del Ejército, elegidas entre las más sofisticadas y entrenadas para tareas especiales como aquella.

NUEVA YORK, SEDE DE LA ONU, JUNIO 29, 1.13 A.M.

A la una y doce minutos, exactamente, me enteré de la noticia:

—Acaban de utilizar el único método posible para rescatar con vida a los rehenes del Consejo de Seguridad y capturar a los terroristas —me informó un reportero amigo mío, muy relacionado con el comandante de fuerzas especiales antiterroristas.

—¿Cuál? —me volví sorprendido, teniendo todavía junto a mí a Angie, que había vuelto con unos cafés de un puesto cercano montado por la prensa ante los edificios de las Naciones Unidas, en las proximidades de la Estatua de la Paz.

—Unas cápsulas de gas incoloro, inodoro e insípido, inyectadas a los conductos del aire acondicionado del edificio de la Asamblea General. Irán a parar directamente a la sala del Consejo, diluyéndose instantáneamente en el aire, y actuando con rapidez sobre todos los allí concentrados.

—¿No pueden darse cuenta de ello los terroristas? —dudé.

—Es posible. Pero no tendrán tiempo para nada. En cuanto lo respiren, caerán inconscientes. Eso, al menos, es lo que nos ha comunicado el portavoz de los grupos de choque especiales.

—Dios quiera que sea tan sencillo —suspiré—. Me preocupa si esos individuos llevan consigo algo para detectar la presencia instantánea de gases de cualquier tipo, en previsión de un ataque semejante...

Esta vez no necesité guion alguno para adelantarme a los acontecimientos, maldita sea. Acerté de lleno, como no tardamos en comprobar trágicamente...

NUEVA YORK, CONSEJO DE SEGURIDAD DE LA ONU, JUNIO 29, 1.45 A.M.

—¿Qué es eso?

La voz había surgido áspera, crispada, de debajo del pasamontañas de lana gruesa, color rojo, que cubría el rostro y cabeza del cabecilla de los terroristas apostados metralleta en mano dentro de la Asamblea General.

Él y sus esbirros se volvieron, mirando en todas direcciones. Los asustados y mudos rehenes, se miraron entre sí, alarmados, sin advertir nada especial. Sin embargo, casi inmediatamente, en la muñeca del portador de los asaltantes, una especie de complicado reloj electrónico había empezado a hacer guiños con una luz roja. A esos parpadeos siguió un zumbido sordo, que sonó con sorprendente nitidez en el silencio tenso de la sala de asambleas, como si el reloj intentara despertar a un hombre que parecía de por sí lo bastante despierto sin necesidad de ruidos.

Los ojos del encapuchado centellearon bajo la máscara de lana.

—¡Gas! —aulló.

Y sus dedos se crisparon peligrosamente en el arma automática que empuñaba. Se tambaleó ligeramente, como si empezase a estar ebrio, e igual hicieron algunos de sus compañeros.

—¡Gas! —repitió con voz torpe, pastosa—. ¡El detector capta gas! ¡Malditos...!

No vaciló. Apuntó su arma hacia los rehenes. Igual hicieron algunos de sus hombres, los más alejados de los conductos de aire acondicionado que aparecían en los muros de la amplia sala, mientras los situados contra esas paredes se desplomaban pesadamente.

Crepitaron rabiosamente los fusiles ametralladores. Fogonazos violentos, espasmódicos, brotaron de los amenazadores cañones de negro acero, y las balas rociaron el hemiciclo, donde ya los angustiados consejeros intentaban ocultarse, parapetarse tras sus pupitres, al advertir el peligro.

El estruendo de las armas automáticas invadió la sala, mientras gritos de dolor y agonía resonaban por doquier, y miembros del Consejo de Seguridad, aquí y allá, rodaban por las escaleras o se precipitaban sobre los pupitres y bancos, bañados en sangre.

Apenas sí fueron unos segundos de violencia los que reinaron en la sala, pero bastaron para salpicar de sangre suelos y muros del recinto, y abatir a numerosos asistentes a la asamblea. Luego, con los dedos engarfiados en el gatillo y una rara expresión de agonía en sus ojos vidriados, los terroristas fueron cayendo uno tras otro, quedando inmóviles en el suelo.

El Secretario General, milagrosamente vivo, aunque con un hombro y un brazo bañados en sangre, jadeó, contemplando la escena, y llegó a captar la voz que llegaba por los altavoces, clamando con alegría imperiosa:

—¡Respondan, por el amor de Dios! ¿Qué sucede ahí? ¡Respondan! ¡Estamos oyendo ráfagas de metralleta! ¿Qué ocurre?

El Secretario General tuvo el tiempo justo para abrir el micrófono con el exterior y jadar:

—Ellos... han caído inconscientes. Nosotros... también. Pero mataron...

a muchos rehenes...

Rodó por los escalones del hemiciclo, vencido por el mismo gas narcótico que había reducido a la impotencia a los terroristas. Un silencio pesado, agobiante, como de muerte, se hizo en la amplia sala.

Minutos más tarde, grupos armados especiales, con armas automáticas y máscaras antigás livianas, penetraron por las diversas puertas, haciéndose cargo de la situación.

Inmediatamente comenzó la evacuación de consejeros malheridos en primer lugar, para proceder luego a extraer a los que dormían apaciblemente, sin sufrir heridas, para finalmente hacerlo con los muertos, que sumaban exactamente ocho.

Al inclinarse sobre los terroristas para espolearles, uno de los miembros del comando especial advirtió a los demás, con voz que sonaba hueca bajo la máscara antigás:

—No es necesario que hagan nada No entiendo lo que ha sucedido aquí, pero están muertos. Todos los terroristas han muerto...

NUEVA YORK. JULIO 1, 10.05 A.M.

—¡Muertos! ¡Todos muertos!

—Así es, señor Foreman. ¿Sorprendido?

—¿Cómo no voy a estarlo? —miré fijamente a mi interlocutor, el inspector Brian Hawkins, de la Oficina Federal de Investigación—. Es... es un hecho asombroso. ¿Por qué lo mantienen en secreto ante los medios informativos?

—Por las mismas razones que el Gobierno Federal ha decidido prohibir la transmisión de su programa especial, señor Foreman —suspiró pacientemente el federal—. Razones de seguridad. Un intento de evitar pánicos innecesarios.

—Pero usted parece dudar de que sus noticias de ahora me sorprendan, treinta y seis horas después de la tragedia en las Naciones Unidas.

—Es que como pareció anticipar tantas cosas en su guion, señor Foreman, pensé que tampoco esas muertes misteriosas de los terroristas le podían extrañar demasiado.

—No era mi guion, inspector —rechacé airado—. Solo mi programa. Soy realizador y presentador, nada más.

—¿Y quién es el autor del guion?

—Lo indica en los títulos de crédito de la grabación: Silas Sirk.

—Ya lo hemos leído, señor Foreman. Y hemos revisado el censo de escritores de Estados Unidos. No existe ningún Silas Sirk. Ni tan siquiera nadie que escriba con ese seudónimo.

—¿Y piensan que yo soy el autor?

—Es una teoría verosímil.

—¿Por qué no preguntan a Neil Slater? Es el jefe de producción de la WBC, despedido por el señor Scoffield, propietario y Presidente del Consejo de Administración de la cadena de televisión. Él puede decirles...

—Él ha sido interrogado ya, antes de que usted fuese requerido hoy a estas oficinas, señor Foreman —sonrió Hawkins, mirándome con frialdad—. Lo único que supo decirnos es que recibió por un mensajero el guion en un sobre cerrado a su nombre. Nada más. Pudo enviarlo usted mismo.

—Rechacé en principio hacer el programa, por considerar demasiado verosímil su temática, y por tanto, propicia a desarrollar un pánico parecido al de la famosa emisión radiofónica de H. G. Wells.

—¿Quiere decir que pensó que la gente podía creer que estábamos, realmente, en guerra total con la URSS, si se exhibía el programa?

—Exacto. Por algo secuestraron ustedes la grabación, ¿no?

—En eso tiene razón. Y sé que, en principio, no se mostró entusiasmado con la idea de llevarlo a la práctica. Pero eso pudo tener una razón astuta por su parte: alejar de su persona cualquier relación con el «Silas Sirk» que figura en el original del guion.

—Le aseguro que no soy el autor de ese manuscrito. No podría imaginar tales cosas, después de todo. No soy un experto, como parece serlo su autor.

—Ahí está. Lo malo de quien lo escribió es que no solo es un experto en armas americanas, sino también soviéticas. Los actos técnicos y los nombres aplicados, son totalmente fidedignos. Sabemos que nuestros colegas rusos están tan preocupados como nosotros en el asunto... o lo fingen a las mil maravillas.

—¿Qué quiere decir? —le miré perplejo.

—Que ellos dan la impresión de sospechar que un espía nuestro, muy enterado de sus asuntos estratégicos y técnicos, ha escrito ese guion para desbaratar sus planes de defensa. Y nosotros, por nuestra parte, pensamos lo mismo respecto a nuestros medios defensivos y ofensivos, de cara a una hipotética guerra mundial. ¿Comprende lo que esto significa?

—Sí —asentí—. Creo que lo comprendo... El asunto es más serio de lo que imaginé.

—Exacto —corroboró el inspector Hawkins—. El que escribió ese guion, señor Foreman, sabe muy bien los detalles de ambos bandos. ¿Cómo pudo saberlos? ¿Quién es él y quién le facilitó tan asombrosos detalles?

Estaba pensando en el *video-cassette* desaparecido del archivo de la WBC. Ahora estaba seguro de su actual paradero. Sin duda en algún lejano lugar de la Unión Soviética, examinado a fondo por expertos soviéticos. ¿Para identificar, acaso, la posible personalidad del espía que había delatado sus altos secretos militares?

—Lo siento —murmuré, moviendo negativamente la cabeza—. No puedo ayudarle. No sé nada al respecto.

—Bien. Es posible que diga la verdad. De todos modos, vamos a tener algunas charlas muy amplias usted y yo, señor Foreman.

—Por supuesto, estoy a su disposición... —hice un gesto de perplejidad—. Pero aún no me ha dicho cómo pudieron morir esos terroristas en la ONU...

—Acabamos de saberlo, tras hacer la autopsia a sus cadáveres. Del mismo modo que su jefe llevaba un sensible detector de gases de todo tipo, todos ellos llevaban adosada a su dentadura una cápsula de gelatina especialmente preparada para que su sustancia envolvente se disolviera de forma automática al contacto con todo gas letal o narcótico que se utilizase. Y dejaba paso a otra sustancia interior, altamente venenosa, que producía su muerte instantánea. De ese modo, la organización que les envió allí, esa misteriosa OINUP que ha citado el Secretario General de las Naciones Unidas, se aseguraba su silencio en caso de captura o de caer narcotizados...

—Dios mío, qué siniestra sofisticación de medios —me estremecí—. ¿Qué es exactamente la OINUP?

—Según el Secretario General, el cabecilla de los asaltantes mencionó una extraña Organización Internacional del Nuevo Poder. Ignoramos de momento lo que es, y si realmente existe.

—Organización Internacional del Nuevo Poder... —repetí lentamente—. No tiene sentido, pero podría ser... podría ser esa tercera fuerza desconocida que cita el guion de mi producción televisiva, la que desencadena la Tercera Guerra Mundial.

—En cuyo caso, señor Foreman, se impone ahora más que nunca llegar a saber algo: ¿quién escribió ese guion que ustedes recibieron en la WBC?

—Tal vez la propia Organización...

—No parece probable. ¿Quién denunciaría sus propios planes antes de tiempo, a través de la pantalla de la televisión, señor Foreman?

—O un disidente...

—Eso es más probable. Pero ¿quién? El cabecilla de esos terroristas ha sido identificado como un apátrida llamado Iván Ardoyan, de origen armenio, pero que sirvió a los servicios de Información turcos. Extraño, ¿no? Un tipo desaprensivo sin duda, un mercenario del espionaje y del terrorismo. Pero mercenario, ¿de quién?

—¿Y espera que yo responda a preguntas tan complejas, inspector?

—Cuando menos, espero que nos ayude a ver claro en todo esto... si ello es posible.

Entonces supe que los interrogatorios durarían posiblemente días enteros. Aquella gente parecía obstinada en dar con la persona o personas que podían saber tantos datos secretos de la fuerza militar norteamericana y soviética.

Súbitamente, días más tarde, ocurrió aquello. Un mazazo de horror y

tensión sacudió súbitamente al mundo.

Fue cuando los pozos petrolíferos de diversos países del golfo Pérsico fueron bombardeados por aviones sin identificar...

WASHINGTON, D.C., JULIO 7, 8.30 P.M.

—¡Bombardeados! ¡Imposible! —clamó el presidente, palideciendo.

—Así es, señor —el vicepresidente le tendió el télex recién llegado a la Casa Blanca—. Aviones sin identificar barrieron los pozos petrolíferos más productivos de la zona. Todo está en llamas. El humo es visible a cientos de millas. Los países de la OPEP se reúnen urgentemente mañana para tomar una decisión. Una conferencia árabe en la cumbre está anunciada para esta madrugada en Teherán. Los rumores que corren son pesimistas.

—¿Qué clase de rumores?

—Es posible que ambos organismos anuncien la drástica congelación inmediata de envíos petrolíferos a todos los países, hasta descubrir e identificar al agresor. El Kremlin, según la agencia Tass, va a hacer pública una nota oficial de la máxima trascendencia en las próximas horas.

Los ojos angustiados del presidente se dirigieron al teléfono rojo, inmóvil y silencioso sobre su mesa de trabajo. Luego, giraron hacia el télex, cuando este comenzó a funcionar febrilmente. El Secretario de Estado corrió a extraer el mensaje, anticipándose a ambos, y tendiéndolo al presidente, tras un rápido vistazo.

—Es un desastre —jadeó—. Tenemos que hacer pública una nota oficial urgente, señor.

El presidente, lívido, asintió. El télex había transmitido dos mensajes. Uno procedía de Teherán, y era muy escueto:

TESTIGOS NUMEROSOS AFIRMAN HABER IDENTIFICADO
AVIONES AGRESORES DE LOS POZOS PETROLÍFEROS ÁRABES
COMO DE NACIONALIDAD NORTEAMERICANA.

El otro texto no era mucho más optimista:

EL GOBIERNO SOVIÉTICO ANUNCIA OFICIALMENTE
SU POSTURA AL LADO DE LOS PAÍSES ÁRABES TRAS LA
INCALIFICABLE AGRESIÓN, Y AMENAZA CON
REPRESALIAS.

—Deme el teléfono —pidió el presidente, con pulso inseguro, caminando hacia la mesa—. Tengo que hablar con el Kremlin inmediatamente. Debemos reunirnos lo antes posible ambos jefes de Estado.

—No sé si será prudente —advirtió el Secretario de Estado—. Ni siquiera sé si aceptará...

—Al menos, es preciso intentarlo —dijo con firmeza el presidente—. No podemos correr el riesgo de una conflagración. Usted haga pública esa nota, rechazando tales acusaciones.

—Sí, señor.

MOSCÚ, JULIO 7, 7.23 P.M.

Con gesto cansado, el premier ruso colgó el teléfono rojo. Miró a su consejero personal con expresión sombría.

—Hemos llegado a un acuerdo —manifestó roncamente.

—¿Qué clase de acuerdo, señor?

—Una entrevista en un lugar determinado. A alto nivel, o antes posible. Niegan toda participación en ese bombardeo, naturalmente.

—¿Podemos creerles?

—No lo sé. Pero responder de forma violenta o irreflexiva, podría significar una guerra abierta. Hay que hacer todo lo posible por evitar algo semejante.

—Lo sé, señor.

—Me siento fatigado. Y enfermo. Mi corazón no está para estas cosas y... sobre todo después de la revuelta de las repúblicas musulmanas de nuestro país, y de enfrentarme a los puntos de vista agresivos de los «halcones» de nuestro Gobierno.

—Ahora, este bombardeo de los pozos petrolíferos puede provocar nuevas sublevaciones y revueltas entre nuestros musulmanes...

—Sí, es lo que me temo. Eso empeorará las cosas, porque hará crecer la dureza de nuestros hombres más agresivos. Por eso quiero hablar personalmente con el Presidente norteamericano. Ojalá tenga pruebas evidentes de que no fueron ellos los atacantes... Por su bien y por el de todos.

El asesor personal del *premier* ruso asintió, en un grave silencio.

NUEVA YORK, JULIO 8. 10.40 A.M.

—¿Vas a Sapporo, Clark?

—Sí —miré a Angie con una sonrisa, preparando mis cámaras en la maleta especial—. He logrado que el gran jefe me autorice a tomar este reportaje de la entrevista del presidente con el primer ministro soviético, en la isla japonesa de Hokkaido, lugar de reunión de ambos altos dignatarios. Ya que no puedo aún presentar mi famoso programa, la próxima semana aparecerá en pantalla un amplio reportaje sobre el bombardeo de los pozos petrolíferos, la actitud de la OPEP y la reunión de alto nivel.

—¿Crees que dará resultado esa reunión? —dudó la joven.

—Angie, no sé lo que puede ocurrir. Las cosas se están desencadenando tal y como preveía ese maldito guion, aunque varíen en detalles fundamentales. Es como si los autores de este horrible complot, advertidos de que su plan ha sido desenmascarado en cierto modo, lo alterasen con golpes de efecto que no podemos prever. Pero, en el fondo, sigo pensando lo mismo: todo está manejado por una siniestra mano invisible, que mueve los hilos de la trama desde la sombra. Esa organización, la OINUP, es mucho más poderosa de lo que todos creen, estoy seguro. Está formada por fanáticos y mercenarios, sin duda alguna. Recuerda lo de la ONU. Gente capaz de llevar en su boca una cápsula de veneno para morir antes de hablar... Cosas así me aterrorizan. Y me pregunto qué oculto poder puede hallarse tras ellos, montando todo este tinglado.

—¿Puede haber algún peligro en Hokkaido?

—Lo dudo. Se han tomado todas las medidas de seguridad por ambas partes. Las tropas y la policía japonesas, actúan coordinadas con agentes de seguridad soviéticos y norteamericanos. Patrullan buques y aviones de ambos países, unidos a la flota y escuadrilla niponas, y en la vecina isla Sakhalin, territorio soviético, hay apostadas numerosas fuerzas armadas y centros de control. No, no puede suceder nada. Estate tranquila, Angie.

—Me gustaría ir contigo —sonrió ella—. Ya que no he podido verme en pantalla en mi mejor papel, sería bonito vivir emociones así en la vida real, Clark...

—Trataré de arreglar eso con la WBC, pero no te aseguro nada. Y menos estando aquí de regreso nuestro supremo jefe... Ya has visto el

humor que trae de su viaje por Europa y África, sobre todo en cuanto le nombran el asunto de mi programa secuestrado por el FBI y el Gobierno...

Como si fuese una invocación, la puerta de mi despacho se abrió y nada menos que el todopoderoso magnate de la televisión, propietario y presidente del Consejo de Administración de la WBC-TV, apareció en la puerta, haciéndome poner en pie de un salto. No era habitual que el propio Darryl Scoffield descendiera hasta visitar los despachos de sus empleados.

—Me alegra encontrarle aquí, Foreman —dijo con su voz afilada y fría como una navaja de afeitar, contemplándome desde su anguloso rostro aquellos ojos suyos, azules y gélidos. Con suaves ademanes de caballero, se aproximó a mi mesa, tras una cortés inclinación dedicada a Angie Corben—. ¿Cómo van esos preparativos de viaje?

—Bien, señor. Salgo enseguida para el aeropuerto. Por cierto, la señorita Corben aquí presente, que tenía muchas ilusiones puestas en el programa congelado, desearía, en compensación, poder presentar conmigo la conferencia de alto nivel. ¿Es posible arreglar eso y que hagamos juntos el viaje los dos?

—Hum... —la miró pensativo, arrugando su ceño. Se pasó una mano, pálida y bien manicurada, por su cabello liso, escaso, de color rubio ligeramente canoso—. No me hable de ese programa, por favor. Me pone enfermo cada vez que lo recuerdo. Lamento lo que hice con Slater, pero le he ofrecido regresar a la emisora y él se niega. Creo que ingresa ahora en la cadena EABC-TV 3.

—Debí irme con él. Soy tan culpable como los demás, señor Scoffield.

—Ya hemos hablado de eso antes —me atajó secamente—. Y recuerde que rechacé de plano su renuncia al cargo e incluso le aumenté el sueldo. Estoy estudiando convertirlo en jefe de producción, de modo que no me venga otra vez con dimisiones. Su amigo Slater va a gozar de más alto cargo y salario en esa otra empresa, de modo que no perdió nada. Ahora, referente al asunto de la señorita Corben... está bien. Que vaya con usted. Daré órdenes al respecto al Departamento de Informativos, para que la provean de credencial especial. Y buen viaje a ambos.

—Gracias, señor —dijo Angie, con tono de gratitud.

—Ahora hablemos de lo que me trajo aquí, Foreman. ¿Vio usted últimamente a mi esposa?

—¿La señora Scoffield? Estuvo aquí en su ausencia, señor Scoffield. Le buscaba, y creo que, pese a no hallarse aquí, subió a su despacho...

—Sí, pero no ha vuelto desde mi regreso, y no logro localizarla en ninguno de sus lugares habituales. ¿Seguro que no ha vuelto a verla usted en otra ocasión?

—Totalmente seguro, señor Scoffield.

—Creo que el divorcio está ya concedido, y el juez no puede notificárselo —suspiró Scoffield—. Y yo no puedo casarme mientras tanto

con la señorita Shelton, ya que mi exmujer debe firmar unos documentos que concluyan la situación... En fin, gracias de todos modos. Y si a su regreso de Hokkaido ve a mi esposa o habla con ella, díglele que me urge ponerme en contacto con ella.

—Así lo haré, señor Scoffield. Y gracias por permitir venir a la señorita Corben.

Sin responder a mis palabras, abandonó el despacho.

—Así es la gente —suspiré—. El mundo al borde del colapso, y los hombres importantes ocupándose de pequeñeces... Divorcios, nuevos matrimonios... y cosas así. Ven conmigo, Angie. Arreglaremos los detalles de tu pasaje y demás cosas... Tenemos que salir cuanto antes hacia Sapporo.

Mi joven amiga asintió entusiasmada, colgándose de mi brazo al abandonar alegremente el despacho.

SAPPORO, ISLA JAPONESA DE HOKKAIDO, JULIO 10, 130 P.M.

Ciertamente, las medidas de seguridad en torno a la ciudad de Sapporo, sede en otros tiempos de una Olimpiada blanca, e incluso en torno a las propias islas del Japón, eran tan rigurosas como complicadas. Difícilmente una persona sin acreditar su identidad exhaustivamente, hubiese podido atravesar todos los controles y comprobaciones que eran como barreras inexpugnables en torno al edificio ajardinado, destinado a sede de la conferencia de alto nivel entre los dos estadistas más poderosos de la Tierra, al margen del hipotético y nunca bien comprobado poderío militar y estratégico del coloso chino, mudo testigo aparentemente ajeno a toda aquella tensión internacional, agobiante y obsesiva.

Los corresponsales acreditados de todas las nacionalidades, fuimos admitidos finalmente en la zona prohibida, como podía calificarse la residencia donde la conferencia tendría lugar solamente unos momentos más tarde, justamente a las tres de aquella tarde en el Pacífico, cálida y algo húmeda, sobre nuestras cabezas, aviones y helicópteros volaban con frecuencia sobre Hokkaido. Y los mares estaban virtualmente infestados de unidades navales de guerra, ya fuese en la superficie o bajo las aguas.

Parecía totalmente imposible cualquier golpe de fuerza en aquel lugar. Y, sin embargo...

—Es imposible que suceda nada anormal aquí —comentó Angie caminando a mi lado por los vigilados jardines de la residencia, tras pasar un último control.

—Imposible, no hay nada —objeté gravemente—. Pero difícil sí parece.

—¿Temes alguna osada acción de ese enemigo misterioso. Clark? —se asombró ella.

—Lo temo todo, Angie, tal como se han puesto últimamente las cosas

en el mundo —respondí amargamente, escudriñando el cielo salpicado de naves militares en vuelo cercano a la superficie de la isla.

—Te comprendo, pero si eso fuera posible aquí... significaría que no existiría lugar en el mundo adonde no pudiese llegar la audacia criminal de esa gente.

—Todavía no ha dado nadie explicación satisfactoria de la intrusión súbita y violenta en el edificio de la Asamblea General de la ONU. Y, sin embargo, lo hicieron, ¿no? Y armados hasta los dientes. Eso es lo que me preocupa: su extraña facilidad para penetrar por cualquier resquicio, incluso de lugares muy vigilados. Un desastre aquí, sería como el principio del Apocalipsis, Angie.

—Cielos, no lo menciones —se estremeció ella, dirigiendo una mirada al edificio central de la residencia de Sapporo, donde un definitivo cordón de seguridad totalmente inaccesible, nos cerró pronto el paso, obligándonos a formar corro con los demás reporteros y cámaras del mundo entero allí hacinados, a la distancia justa para no llegar ni siquiera con un disparo de rifle hasta el punto donde los dos presidentes estaban a punto de hacer su aparición. Binoculares y cámaras, con teleobjetivo, cuidadosamente comprobados y examinados antes de ser autorizados hasta allí, nos servirían para alcanzar una visión más nítida. Eso era todo.

Angie era nuestra filmadora en estos momentos, y yo dirigí sus maniobras, enfocando la escalinata y el porche del pintoresco edificio japonés donde, rodeados de idílicos jardincillos orientales, iban a aparecer en breve los dos dignatarios. Ya sus colaboradores más directos y los asesores políticos y militares de ambos, así como los intérpretes oficiales, iban tomando posiciones.

—Preparada —avisé a Angie que enfocaba su cámara hacia el porche—. Ya veo abrirse la puerta. Salen los dos al exterior...

Así era. Un mosconeo de curiosidad y expectación zumbó entre los cientos de periodistas allí reunidos. Yo clavé mis ojos en los dos gigantes de la política mundial a través de mis prismáticos, que aproximaron hasta mis retinas la tensión y fingida sonrisa protocolaria de ambos, en el momento de estrecharse las manos y posar ante las alejadas cámaras de cine, fotografía o televisión.

El ronroneo de los helicópteros de seguridad de las fuerzas aeronavales soviéticas, norteamericanas y japonesas, se hizo más denso sobre nuestras cabezas, como formando una sombrilla protectora por encima de los conferenciantes.

Nada de eso fue suficiente.

Ocurrió, de todos modos. Nunca olvidaré, mientras viva, la terrorífica y breve escena que se sucedió ante mis atónitos ojos, ampliada por las poderosas lentes de mis binoculares, y que sin duda Angie estaba filmando con una inercia propia de su mismo estado de estupor y desconcierto ante

la tragedia.

Por un momento, pareció que el presidente de Estados Unidos, nuestro presidente, sufría un mareo, una especie de vahído súbito, que le hacía oscilar sobre sus inseguras piernas, mientras oprimía la recia mano del primer ministro soviético. Este, al parecer, le miró con perplejidad, realmente desconcertado, como si no entendiera lo que sucedía.

Luego, descubrí la mortal lividez del rostro del presidente, su mueca crispada, la expresión de sus dilatadas pupilas, clavadas en el vacío.

La mano que apretaba la de su colega ruso, se aflojó, soltando los dedos de este. Y lentamente, como ralentizado por una cámara previamente dispuesta, comenzó a desplomarse, hasta rodar de bruces por los escalones del porche, y golpear con su cuerpo las piedrecillas blancas del jardín japonés.

Un silencio de estupor infinito siguió al hecho. El primer ministro ruso dio unos pasos atrás, entre asustado y sorprendido. Rápidamente, sus hombres de escolta le rodearon, desenfundando sus armas automáticas.

—¡Dios, Clark! —jadeó Angie, en cuyas manos vacilaba su cámara tomavistas—. ¡El presidente...!

No respondí. Tenía la boca seca, la lengua paralizada, las manos crispadas sobre los prismáticos. A través de ellos, descubrí la amplia mancha de sangre en la nuca del presidente abatido. No se trataba de un colapso ni nada parecido.

Le habían asesinado.

Una confusión terrible reinó por unos momentos en la zona. Los miembros de la escolta presidencial se agitaban confusamente. Mis prismáticos me revelaron el lento retroceso de uno de los personajes próximos al lugar de la tragedia. ¡Un traductor de la Casa Blanca, que estuvo situado anteriormente a pocos pasos del presidente, justo a su espalda!

Llevaba una mano hundida como al azar en un bolsillo de su chaqueta. Grité con todas mis fuerzas, sin dejar de enfocar la escena:

—¡Allí! ¡Allí, pronto! ¡El traductor norteamericano! ¡Que no escape!

Mi voz sonó potente en el silencio repentino que se había producido en torno al escenario de la tragedia. Personas inclinadas sobre el presidente, auscultaban a este y buscaban su pulso, moviendo luego la cabeza negativamente. Era obvio que estaba muerto.

—¡El traductor! —repitieron cien voces, al advertir otros corresponsales lo que yo señalaba—. ¡Deténganlo!

Los agentes japoneses y del FBI advirtieron la intención de nuestras voces. Sus miradas buscaron el aludido. Este, muy pálido, iniciaba ya la fuga. En ese momento, creo que se cometió el peor error que se podía cometer, pero quizá con toda la mejor intención del mundo.

Al extraer el traductor de su bolsillo un objeto metálico, que centelleó

bajo el sol de Oriente, uno de los hombres de escolta de la KGB, rodeando al *premier* ruso, disparó sin vacilar sobre él.

Fue un acto reflejo y, posiblemente, acertado. Pero políticamente, fue una equivocación terrible.

A esa distancia, no podía fallar. Y no falló. El presunto asesino del presidente de Estados Unidos recibió el impacto de la bala casi a bocajarro. Se dobló, tambaleante, soltó el objeto metálico que esgrimiera y rodó luego por el porche, dejando un reguero de sangre en su trastabilleo agónico, para terminar inmóvil.

—Vaya, cazaron al criminal —comentó un reportero inglés cerca de mí—. Pero ¡qué casualidad que lo haya hecho un agente ruso!

Le miré, sin entender en ese momento su ironía. Luego, al comprender mejor, sentí un escalofrío. Otros colegas miraban también al británico y parecían ir entendiendo lentamente, como yo mismo.

Una insinuación diabólica se encerraba en aquel simple, cáustico comentario de mi colega europeo.

¿Habían protegido a su propio mandatario, habían vengado al presidente asesinado o... habían silenciado una voz peligrosa para los servicios secretos rusos? Esa última posibilidad, sinuosamente sugerida, abría ante el mundo, en momentos tan graves, un auténtico abismo de oscuras y siniestras posibilidades futuras...

Mientras tanto, apenas sí dimos trascendencia al hecho de que el primer ministro soviético era llevado en volandas por sus guardianes al interior del palacete japonés, aparentemente casi en estado de inconsciencia.

Cuando se hizo pública la información oficial sobre el magnicidio que había terminado con la vida del nuestro presidente, se mencionó también el hecho de que el primer ministro soviético había regresado con urgencia a Moscú, víctima de una crisis cardíaca, calificada como grave por los facultativos de varios países, allí presentes.

Pero este hecho no restó recelos al mundo, especialmente a mi propio país, sobre el magnicidio de Sapporo. Y las sospechas sobre un atentado provocado por la URSS, comenzaron a agigantarse peligrosamente por doquier.

Solo yo, entre toda aquella gente, estaba totalmente seguro de que los rusos eran inocentes por completo de aquel crimen. Pero ¿quién iba a creermelo ahora? Esto no figuraba en el guion filmado por nosotros en la WBC. Los siniestros miembros de la OINUP habían cambiado de táctica, pero no de propósitos.

Su objetivo era la Tercera Guerra Mundial. Y estaban a punto de provocarla.

Al día siguiente, en plena confusión mundial, una nota escueta de la agencia soviética Tass, puso una nueva nota trágica a la situación:

EN LA MADRUGADA ÚLTIMA, EL PRIMER MINISTRO RUSO SUFRIÓ UN INFARTO DEL QUE NO PUDO REPONERSE, FALLECIENDO A LAS CINCO Y MEDIA DE LA MAÑANA. HORA DE MOSCÚ.

WASHINGTON, D.C., JULIO 13, 11.37 A.M.

El vicepresidente de Estados Unidos, presidente en funciones, abotonó su negra chaqueta de luto, mirando sombrío a sus asesores militares y políticos.

—No podemos hacer eso, general Parrish —dijo con voz sorda, dirigiéndose al alto funcionario del Pentágono sentado frente a él.

—¿Por qué no? —tronó el general, con una expresión granítica en su rostro de endurecidos rasgos angulosos. Los ojos grises eran como piezas de roca helada—. El rumor ya se ha extendido no solo por Estados Unidos, sino por todos los países miembros de la OTAN y hasta por los que no lo son. Los rusos mataron al asesino del presidente.

—¿Y qué? —protestó débilmente el vicepresidente—. Hemos comprobado que, al igual que los terroristas de la Asamblea General, llevaba una cápsula venenosa en su dentadura, para poner fin a su vida. Se hubiera matado al verse acorralado. Y recuerde que el objeto metálico que extrajo, aunque aparentemente era un bolígrafo de plata, en realidad encerraba un dispositivo de percusión capaz de disparar proyectiles de escaso calibre, pero explosivos al penetrar en el cuerpo humano. Uno de ellos mató a nuestro presidente. Otro hubiera podido matar al primer ministro ruso. Llevaba tres proyectiles más en la recámara.

—Señor presidente, ese hombre llevaba años como intérprete de ruso y polaco en la Casa Blanca. Era un hombre de antecedentes claros, aparentemente intachable, de moralidad comprobada. Tuvo que sentir alguna oculta ideología o estar muy bien pagado por alguien para llegar a cometer un asesinato en la persona de su propio presidente —era Todd Walters, de la CIA, quien hablaba—. ¿No significa eso que la Unión Soviética estaba detrás de su persona? Solo ellos pudieron pagar un crimen así o inculcarle una ideología, incluso recurriendo quizá a un «lavado de cerebro».

—Estamos fantaseando, señores. Es posible que el culpable hubiera sido manipulado psíquicamente para convertirse en asesino a sueldo, pero entonces, ¿qué me dicen de los terroristas de la OINUP, que murieron en las Naciones Unidas?

—¿Se ha podido probar que NO eran comunistas? —objetó vivamente el general Parrish.

—Tampoco se pudo probar que lo fuesen —rechazó el actual presidente

en funciones, cada vez más acorralado por sus «halcones»—. No podemos acusar oficialmente a la Unión Soviética de un magnicidio, y declararles oficialmente la guerra, solo por un cúmulo de sospechas. Y menos aún, recién fallecido su primer ministro. Moscú está ahora tan de luto como nosotros mismos, señores, no lo olviden.

—Es diferente —replicó Todd Walters—. Su dirigente falleció de enfermedad. Padecía ya del corazón. Sufrió una crisis en Sapporo, y empeoró en Moscú. Personalmente, quizá ni siquiera tuvo parte en el complot, y presenciarlo le afectó fatalmente. Fedor Kalinsky, uno de los altos funcionarios de la KGB, acostumbra a llevar a cabo bajo su propia iniciativa y responsabilidad muchas acciones de su organismo.

—Seguimos moviéndonos en el terreno de las hipótesis caballeros —rechazó el actual presidente que cubría el vacío dejado por el mandatario asesinado, conforme a la Constitución, hasta las nuevas elecciones presidenciales—. Y es un lugar muy peligroso y resbaladizo para dar pasos decisivos de forma ciega e irreflexiva.

—Señor presidente, tengo en mi poder datos de California, Alabama, Florida, Michigan, estado de Nueva York, Maine y Minnesota, al menos de momento —habló duramente Brian Hawkins, del FBI, extrayendo unos pliegos de su bolsillo—. Hay manifestaciones y tumultos graves, acusando a la URSS de asesinato y pidiendo represalias inmediatas. Veteranos de guerra y jóvenes piden por un igual la declaración de guerra a la URSS. Temo que ello siga en aumento y la situación se haga incontrolable.

—Podemos reprimir todo desorden y controlar a nuestro propio pueblo, imagino —manifestó con firmeza el presidente.

—Tal vez no, señor —apuntó el general Harold Parrish del Pentágono—. La Guardia Nacional se resiste a enfrentarse a las manifestaciones populares. Eso puede empeorar, entonces no habría nada que frenase a los ciudadanos enfurecidos. En Nueva York han quemado banderas rusas ante la ONU, y han intentado asaltar la delegación soviética. Aquí en Washington, tenemos fuertemente protegida la Embajada, pero alrededor de ella empieza a haber tumultos cada vez más frecuentes y violentos. ¿Cuánto tiempo podremos mantener el orden en nuestras ciudades, señor, si no se exige cuando menos, una declaración oficial del Kremlin?

—Eso sería tanto como acusarles de un crimen. Podría ser la chispa fatal.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —exigió el general Parrish.

—No sé... no sé... —confesó angustiado el actual presidente.

MOSCÚ, JULIO 14, 6.50 P.M.

Los solemnes funerales habían terminado en la Plaza Roja, y el primer ministro reposaba en su mausoleo, cuando la noticia llegó a manos del

primer ministro, hombre duro y partidario de la política agresiva, según comentarios de la prensa occidental al conocer su nombramiento por el Comité Central.

—Señor, la Embajada soviética en Washington ha sido asaltada. Se quemó la bandera, fueron golpeados y malheridos nuestros funcionarios y arrojados a la calle y quemados documentos y *dossiers* de gran importancia. Las fuerzas de protección norteamericanas, fueron desbordadas, según parece, por desidia en su misión...

El rostro del *premier* ruso enrojeció violentamente.

—¿Qué significa eso? —murmuró con acritud—. ¿Es la forma de obrar de un país oficialmente en buenas relaciones con nosotros? ¿Se ha disculpado la Casa Blanca por ello?

—De momento, no. Parece ser que los asesores presidenciales son partidarios de una política dura. La radio y la televisión americanas nos acusan claramente del asesinato de su presidente. La prensa también nos señala de forma más o menos velada.

—Entiendo —apretó con fuerza sus labios en un gesto crispado—. Remitan urgentemente un mensaje a Washington. Con nuestra protesta, envíen una seria advertencia. Si no se excusan y los hechos se repiten, romperemos nuestras relaciones diplomáticas con Estados Unidos, come primera medida. Díganselo así, y que ellos decidan si hemos de ir aún más lejos.

—Sí, señor. Cuando estas noticias lleguen a las repúblicas donde hay descontento con nuestra política internacional, pueden complicarse las cosas aquí dentro...

—Ya he pensado en ello. Será, cuando menos, un buen golpe de efecto esa nota oficial a Washington. Y si es preciso, antes que soportar un posible levantamiento que haga más peligrosos aún los desórdenes musulmanes en las repúblicas islámicas rusas, tomaremos la peor y más definitiva de las decisiones.

—¿La... guerra, señor? —preguntó el ayudante del primer ministro.

—Sí —afirmó este sombríamente—. La guerra.

UN LUGAR EN LOS URALES, JULIO 23, 4.00 A.M.

Sucedió repentinamente aquella madrugada.

En el centro estratégico nuclear URSS-Q37, situado en un punto de los Urales, se produjo la explosión nuclear.

Dos misiles SS20 de reciente diseño, volaron por los aires al estallar sus cabezas atómicas súbita e inesperadamente, llevándose consigo gran parte de las instalaciones, provocando más de mil quinientas muertes en el acto, numerosos cientos de heridos graves, y una sacudida sísmica registrada con la intensidad 7,8 en la escala de Richter.

El hecho pareció totalmente accidental en un principio. Hasta que los expertos soviéticos en física nuclear, informaron oficialmente al Kremlin de que algo tenía que haber provocado la explosión, o de otro modo esta jamás se hubiera producido accidentalmente en aquellas circunstancias.

Por la Unión Soviética corrió pronto el rumor de que un misil extranjero había hecho impacto en la base nuclear rusa, provocando un desastre.

Tras los diez días de extrema tensión que el mundo estaba viviendo últimamente, con agrias réplicas y contrarréplicas entre la URSS y Estados Unidos, a punto ya de romperse relaciones diplomáticas entre ambos, ese rumor fue una gota más que casi colmó el vaso.

En la Unión Soviética, un levantamiento interno de tipo nacionalista-belicista, comenzó a preocupar al Politburó, y produjo grandes enfrentamientos en el Ejército Rojo en diversos puntos del país.

La política del Kremlin necesitaba un inmediato acto de fuerza para detener aquella tensa y difícil situación interior.

Mientras tanto, las noticias que llegaban de Estados Unidos tampoco eran esperanzadoras. Grandes tumultos y manifestaciones violentas contra el comunismo, se producían en muchas ciudades, y la Guardia Nacional se negaba a combatir a los ciudadanos levantiscos, provocando una creciente tensión interior que ponía en la cuerda floja a la Casa Blanca, presionada por el Pentágono y por la CIA para que endureciese su postura frente a la URSS.

En ese clima agobiante, ocurrió lo peor.

La última gota.

La que rebasó el vaso.

Sucedió en Norfolk, Virginia, justamente a los dos días de la misteriosa explosión nuclear en la Unión Soviética.

NORFOLK, VIRGINIA, JULIO 25, 6.30 A.M.

En la base naval norteamericana de Norfolk, Virginia, se hallaban dispuestos desde hacía varias semanas, tal vez como una previsión para eventuales complicaciones internacionales, varios submarinos nucleares norteamericanos, provistos de misiles *Polaris* mar-tierra.

Aquella mañana, la ciudad entera se conmovió, con una poderosa sacudida sísmica y un violento oleaje que inundó las zonas portuarias. Un estruendo formidable y una luz cegadora invadió las calles de Norfolk rompiendo la calma matinal.

El almirante Alvin Redford, de la US Navy, saltó de su lecho, en su vivienda ajardinada de Azalea Garden Road, y se asomó despavorido a una ventana, viendo la densa, espesa humareda que, en forma de hongo alucinante, se elevaba sobre las aguas del puerto, mientras un clamor de

pánico agitaba las calles de la población costera.

—¡Dios! ¿Qué es eso? —jadeó—. ¡Un ataque nuclear! ¡Es la guerra, sin duda!

Se precipitó fuera de la casa a medio vestir, tras intentar en vano comunicar con la Comandancia de Marina, cuyos teléfonos estaban bloqueados o averiados, ya que nadie respondía.

Por la calle se cruzó con ambulancias, coches policiales, patrullas de policía naval y marinos aterrorizados. Detuvo a un joven oficial que venía a la carrera de los muelles, y le interpeló violentamente:

—¡Oficial! ¿Qué es lo que sucede? ¡Soy el almirante Redford, responda! ¡Es una orden!

—Señor... —musitó el marino, saludándole militarmente—. Lo peor... Un submarino *Polaris* ha volado por los aires... Los proyectiles de cabeza nuclear han estallado... Varios buques se hunden, otros submarinos están averiados... Y hay cientos, acaso miles de muertos... ¡Es una explosión nuclear en los misiles de a bordo, señor!

Horrorizado, el almirante soltó a su subordinado. Aunque al llegar a la zona portuaria, la marina misma le impidió el paso.

La radiactividad en la zona era intensísima, se estaban evacuando cadáveres por docenas, y el caos era indescriptible. Alguien comentó con voz ronca, contemplando la dantesca devastación de la base de submarinos atómicos bajo el terrorífico hongo de negro humo:

—Esto, solo unos días después de la catástrofe nuclear rusa... Es significativo, sin duda... ¡Esos malditos comunistas nos han atacado, creyendo que fuimos nosotros!

El almirante, demudado, miró al que hablaba.

Era un importante ciudadano de Norfolk a quién conocía superficialmente.

Pero vio asentir a muchos de los presentes, dispuestos a creer aquella espantosa sugerencia.

—Dios mío... —susurró para sí—. ¿Será cierto? Si ello es así, o no se demuestra que sea lo contrario... significa la guerra...

Y fue la guerra.

«La guerra es la paz. La libertad es la esclavitud. La ignorancia es la fuerza».

George Orwell («1984»)

SEGUNDA FASE (CONTINUACIÓN)
(DE LAS «NOTAS DE FOREMAN» —6)

NUEVA YORK, JULIO 26, 0.45 P.M.

Y fue la guerra.

Aquel día, virtualmente, estalló la Tercera Guerra Mundial, aunque todo había comenzado en realidad mucho antes, como se podía comprobar fácilmente por estas notas mías que estaba escribiendo.

Y aunque en realidad todavía transcurrieron veintitrés horas de paréntesis entre la explosión de los *Polaris* en Norfolk, hasta la formal declaración de guerra entre Estados Unidos de América y la Unión Soviética, lo cierto es que ya sabíamos todos antes de ese momento definitivo que la cosa no tenía otra salida posible, y que vivíamos las vísperas tensas y angustiosas del estallido final.

Lo demás fueron simples anécdotas, dentro de su trágico significado: una nota norteamericana exigiendo explicaciones convincentes a la URSS sobre su posible inocencia en aquel ataque, una réplica rusa durísima, acusando a nuestro país de manipular un simple accidente provocado, para buscar el enfrentamiento bélico y la crisis mundial que encubriese su propia negligencia criminal al permitir estallar por accidente o por intencionada maniobra política, los *Polaris* de Norfolk. Al mismo tiempo, exponía sus dudas sobre lo accidental de la explosión en los Urales, que insinuaba podía tratarse de un ataque solapado de un ingenio nuclear norteamericano no detectado por los controles de seguridad de la Unión Soviética por causas ignoradas.

El agrio tono de la disputa se cargaba con las graves alteraciones internas de ambos países.

En las ciudades norteamericanas llevábamos ya días enteros viviendo un clima de violencia, sangre y tumultos, de clamores pidiendo la guerra, de agresiones a instituciones, legaciones e incluso ciudadanos de origen soviético, y sabíamos positivamente todos que en varias repúblicas de la URSS se combatía para frenar las revueltas racionalistas o belicistas y el descontento hacia la política del Kremlin iba minando de forma peligrosa la unidad del Estado soviético. Solo un acto de fuerza de su Gobierno, volvería a unificar criterios en nombre de la patria. Y ellos, como nosotros, sabían que esa era la solución a sus problemas.

Terrible, injusta y aterradora solución.

De modo que no sé cómo sucedió realmente, ignoro quién dio el primer paso real y decisivo.

Cuando quise darme cuenta, ya era tarde. De nada sirvió que saliera yo en mi programa de televisión, acusando al FBI de haber secuestrado un programa televisivo esclarecedor sobre los motivos oscuros de esta guerra ya desencadenada fatalmente, con solo doce horas por delante hasta el estallido masivo de misiles nucleares en ambos países y, de rechazo, en todo el mundo.

No me escuchó nadie.

Y si me escucharon, no me hicieron maldito caso. Ya no parecía haber el mínimo de serenidad para dudar sobre la responsabilidad real de unos o de otros en aquel conflicto que yo había «prefabricado» en la sombra por alguien cuya naturaleza real desconocía, salvo que se ocultaba bajo las siglas de una oscura organización internacional del Nuevo Poder.

Mi alegato en la pequeña pantalla pasó desapercibido. Se vivían vísperas febriles.

Divisiones norteamericanas se dirigían a Europa o se movilizaban en los cuarteles, cabezas nucleares apuntaban hacia la URSS, mientras otras similares nos apuntaban a nosotros desde territorio soviético, y en aquella locura, Europa clamaba, poco confiada en la efectividad de las fuerzas de la OTAN, muy inferiores en número a las soviéticas, del Pacto de Varsovia.

Los últimos datos computados en nuestro país, hablaban de más de dos millones de hombres del Pacto de Varsovia, dispuestos al ataque masivo, frente a solo ochocientos cincuenta mil de la OTAN. Y casi treinta mil tanques rusos, frente a los escasos ocho mil del Pacto Atlántico. Divisiones soviéticas se concentraban rápidamente en las fronteras europeas y cubrían la retaguardia ante las divisorias con China, por si el coloso amarillo decidía unirse a los aliados occidentales, para decantar la balanza contra la URSS, su vecino.

Se especulaba en Washington sobre las posibles líneas estratégicas que seguirían al bombardeo masivo de nuestro país por cohetes SS17 y SS20, y había la casi segura certeza de que mientras las fuerzas del Pacto de Varsovia arrollaran a los países europeos en una «guerra relámpago» al estilo de la vieja ofensiva hitleriana de otros tiempos, sus misiles lloverían sobre Gran Bretaña, Italia, Grecia o Turquía, y la Marina soviética trataría de imponer su hegemonía en el Mediterráneo y en las costas holandesas, para así dominar la situación europea, con «cabezas de playa» en Grecia y Turquía, y con fuerzas capaces, en el Atlántico Norte, de detener o demorar, la ayuda norteamericana a Europa.

Mientras tanto, nosotros solo podríamos atacar inicialmente con los *Pershing-2* y *Cruise*, o los navales *Polaris*, confiando en que los poderosos bombarderos *Backfire* arrasaran lo más posible las líneas del enemigo, a la

espera de una resistencia europea lo bastante prolongada como para reforzarla y contraatacar.

Era enloquecedor pensar cosas así, pero no había ya otro remedio.

Yo mismo, al abandonar sudoroso, agotado, lívido, los estudios de la WBC, tras mi inútil clamor contra la ceguera del mundo ante el complot terrorífico y siniestro de que era objeto por parte de una «tercera fuerza» desconocida, hacía mis propias cábalas mentales sobre el futuro inmediato de la guerra para la que solo faltaban ya diez horas.

Justo el tiempo que tendrían unos y otros para disparar sus baterías nucleares, ya fuese automáticamente, mediante el sofisticado sistema electrónico americano, ya por una orden directa y definitiva del Kremlin en las bases rusas.

Angie vino a mi encuentro, con una expresión semejante a la mía. Me aferró una mano entre las suyas, y noté el temblor de sus dedos helados y nerviosos.

—Te he visto en el programa —jadeó—. Fue magnífico, Clark. Pero inútil. Nadie te escuchaba, ni siquiera en la cafetería de los estudios. Todo el mundo lee diarios, escucha arengas inflamadas de patriotismo y belicosidad en sus transistores... Es como si se hubieran vuelto locos.

—Todos estamos rematadamente locos —gemí amargamente.

Un compañero del estudio me llamó. Había una llamada telefónica urgente para mí. Era el jefe. Acudí al teléfono más próximo. La voz de Darryl Scofield sonó en la distancia, sorprendentemente agria y virulenta:

—¿Qué diablos de payasada acaba de interpretar usted ante las cámaras en su maldito programa, Foreman? —me espeto de buenas a primeras—. ¿Es que se ha vuelto loco?

—Creo, señor, que solo yo conservo la lucidez en este mundo de dementes que me rodea —repliqué fríamente—. ¿Por qué diablos le pareció una payasada? Intentaba hacerme oír, evitar una conflagración mundial que ya está oficialmente en marcha...

—¿Y para eso tuvo que recurrir a un argumento de novela barata, inventándose esa estupidez de una «tercera fuerza» lo bastante poderosa para engañar y despistar a dos colosos mundiales, jugando con ellos como un gato con dos inofensivos ratoncitos? Ha sido lo más grotesco, absurdo y ridículo que jamás escuché en mi vida. Solo la estúpida producción que realizaron usted y Slater puede superar a ese folletín de ciencia-ficción que se ha sacado usted de la manga, Foreman.

—Señor Scofield —empecé a sentirme furioso conmigo mismo y, sobre todo, con el omnipotente Darryl Scofield, estuviera donde estuviera—. Quiere que sepa que esa producción de Slater era lo bastante seria y lo bastante cierta como para asustar en su día a las autoridades americanas... y hasta a los propios criminales que actúan en la sombra. Ellos cambiaron sus planes, pero no sus objetivos. No sé cómo lo han hecho, pero sé que

asesinaron al presidente, que bombardearon los pozos petrolíferos, que hicieron detonar misiles nucleares en los Urales y en Norfolk, del mismo modo que asaltaron la ONU y mataron a ocho miembros del Consejo de seguridad.

—¡Eso es un puro disparate, una invención suya! Ningún grupo terrorista, por poderoso y bien organizado que esté, puede engañar y burlar a dos naciones poderosas ni a gobernantes sensatos, Foreman. Cuando regrese ahí, a Nueva York, desde mi finca de Nantucket Island, donde ahora estoy, personalmente tendré el placer de despedirle de mi empresa.

—Señor Scoffield, eso será si, para entonces, existe su emisora... y existe Nueva York todavía. Su maldita finca de Nantucket está lo bastante aislada de aquí y de puntos estratégicos como para resultar un buen refugio contra la guerra, pero o puede quedarse en ella hasta morir de aburrimiento en un mundo desierto y saturado de contaminación radiactiva. ¡Porque sin necesidad de que vuelva a este futuro cementerio que es Manhattan, yo me despido ahora de usted y de su maldita emisora de televisión, de una vez por todas! ¡Hasta nunca, señor Scoffield!

Y colgué violentamente, justo cuando él comenzaba a clamar rabiosamente en el otro extremo del hilo telefónico.

Me sentí mucho mejor entonces. Angie Corben me miraba perpleja, asombrada. Sugirió tímidamente:

—Clark, te has jugado el puesto... Vas a tener que buscar trabajo en otro sitio.

—¿Tú crees que habrá trabajo cuando esto termine? —reí forzosamente—. Ni siquiera estaremos aquí tú y yo. Ese maldito Scoffield me enfurece, con sus aires de señor feudal, dueño de vidas y haciendas. Tener una fortuna y dirigir muchas grandes empresas, no significa que tenga que aplastar y pisotear a los demás. Y menos en estos momentos en que el mundo se va definitivamente a pique... Angie, ¿quieres que te invite a tomar algo? Vamos a despedirnos del mundo que hemos conocido del modo más alegre posible. Conozco un rincón en Broadway donde, pese a esta fiebre de ahora, nos servirán incluso una buena botella de champán francés. ¿Aceptas?

Angie sonrió, mirándome dulcemente con sus bellos ojos profundos.

—Contigo, Clark, iría al fin del mundo —afirmó.

—Nunca mejor empleada esa palabra, querida —comenté con sarcasmo, besando su mejilla y tirando de ella hacia la salida de los Estudios.

Otra vez asomó un empleado de la WBC.

—Estás muy solicitado hoy, Clark —me dijo sonriendo—. Otra llamada urgente para ti, por la línea seis. ¿Te conecto aquí?

—Sí, por favor —asentí, ceñudo—. Pero si es el patrón, abónate la

molestia. Ya no pertenezco a esta maldita casa.

—Te felicito —rió el interlocutor—, pero no es Scoffield, aunque no quiso dar su nombre. Insiste en hablar solo contigo. Y ha insistido en que es muy urgente...

Asentí, mientras se retiraba.

Descolgué el teléfono al recibir la señal de conexión, mientras miraba pensativo a Angie.

—Clark Foreman al habla —dije—. ¿Quién llama?

—Silas Sirk —me dijo una voz susurrante, ronca y como disfrazada.

—¿Qué? —aullé—. ¿Silas Sirk? ¿Es una broma?

Angie Corben me contemplaba ahora con ojos dilatados y gesto de estupor.

—No, no es ninguna broma —sonó de nuevo aquella voz extraña, acaso disimulada por un pañuelo y una falsa ronquera—. No creo que las cosas estén para bromear, señor Foreman. Soy el autor del guion que usted realizó y jamás se emitió.

—¿Dónde diablos está metido?

—Se lo diré ahora, si está dispuesto a venir a verme personalmente.

—Cielos, lo haré encantado, aunque ya no sirva de gran cosa. ¿Por qué no ha dado antes señales de vida?

—Siempre tuve confianza en que mi advertencia resultara bien.

—Ya ha visto que no. Solo yo la creo. Y nadie me escucha.

—Lo sé. Le he visto por televisión hace poco. Por eso le llamo. Puedo darle pruebas, evidencias que usted podría presentar ante el mundo a través de esa pantalla...

—No creo. Acabo de despedirme de la WBC personalmente al señor Scoffield.

—¿Está él ahí ahora?

—No, no está. Se halla en su lejana y solitaria mansión de la isla de Nantucket, frente a las costas de Massachusetts y Rhode Island. Una especie de santuario muy alejado de las futuras regiones que devastará la guerra, sin duda... Pero hablemos de usted, señor Silas Sirk. ¿Quién es realmente, y qué quiere de mí en estos momentos?

—Se lo diré personalmente, si se reúne pronto conmigo.

—Sí, habrá de ser muy pronto —dije con sarcasmo—. No nos queda mucho tiempo.

—Dentro de una hora, exactamente.

—¿Una hora? Bien. ¿Aquí?

—No, no. Venga a verme usted.

—¿Dónde?

—En Chinatown.

—¿Qué lugar exactamente de Chinatown?

—Tercera cabina telefónica, frente al Museo Chino, en Park Row.

Recuerde: justamente una hora, ni antes ni después. Es importante, Foreman.

—De acuerdo —miré mi cronómetro—. A las ocho de esta noche. Son ahora las siete en punto.

—Bien. Correcto. A las ocho en punto. Recuerde bien: Park Row, Chinatown, tercera cabina telefónica frente al Museo Chino. Allí estaré.

—¿Llevará las pruebas?

—Y algo más que eso: la clave que puede servirle para desenmascarar a la OINUP en pleno.

Colgó Silas Sirk. El misterioso escritor había dado señales de vida. Ahora, tal vez me explicase por qué escribió aquel guion... y cómo supo de la existencia de una «tercera fuerza» mundial capaz de poner en jaque mate a todo el planeta.

—Las ocho... —medité, reuniéndome con Angie Corben—. Vamos. Tenemos tiempo de tomar esa botella de champán. No sé si será para celebrar algo... o para despedirnos de esta vida. Luego, trataré de averiguar el enigma de «Silas Sirk», aunque ya no nos sirva para nada. Pese a ello, él parece confiar en que sí estamos a punto de evitar lo irremediable. Ojalá fuese así...

Salimos de la WBC tal vez para siempre. Y no solo, porque yo me hubiera despedido de la empresa. Dentro de solo nueve horas y media, quizá no habría trabajo para nadie en el mundo, ni muchos para pedir tampoco...

CHINATOWN, NUEVA YORK, JULIO 26, 7.55 P.M.

Las cabinas telefónicas de Chinatown no son como las del resto de la ciudad. Por algo aquello es el barrio oriental de Nueva York. Cada cabina tiene un brillante tono rojo esmaltado, que recuerda lejanamente a las cabinas de Londres, pero con un color más vivo, y están rematadas por tres tejadillos chinos superpuestos, a semejanza de las pagodas⁽¹⁾. Había exactamente tres en la amplia acera situada entre Park Row y la fachada del Museo Chino. Las miré desde la esquina, donde me había emplazado un minuto antes, encendiendo un cigarrillo.

A mi alrededor, la zona parecía desierta, extraña y alucinantemente desierta a las ocho de la tarde —faltaban solo cinco minutos para esa hora —, para que fuese una sensación real la que producía. Ni coches, ni ruidos ni gente. Como si la ciudad hubiera sido ya asolada por la primera pieza artillera nuclear llovida desde la URSS.

Era el miedo. El pánico.

La gente había abandonado la urbe, apenas se comunicaron las últimas noticias, y el presidente en funciones hizo su alocución al pueblo americano, avisándole de la peligrosidad de seguir viviendo en aquella

jungla de asfalto.

Al otro lado de la acera, alguien encendió otro cigarrillo. Era Angie. Había insistido en acompañarme, tras tomarnos la botella de champán francés más delicioso que había tomado en mi vida. Posiblemente la última. Pero delicioso, pese a todo.

Angie estaba preocupada. Temía cosas raras. Incluso me sugirió que la cita en Chinatown podía ser una trampa, una especie de emboscada tendida al audaz y entrometido señor Foreman, por pretender desenmascarar a una extraña fuerza bélica y criminal llamada OINUP.

Pensé si tendría razón. Y acepté su compañía, pero como simple observadora

—Si alguien intenta algo contra mí, no trates de intervenir —le había dicho—. Solo avisa a la policía. Aunque no sé si habrá ya policía ni servirá para nada en esta ciudad semivacía, de donde todo el mundo escapa en un éxodo tan absurdo como inútil. Vayan adonde vayan, si no les mata la explosión nuclear de los misiles soviéticos, lo hará la nube radiactiva. Es inútil huir. No hay adónde...

Angie me había dado ahora su señal. Alguien se aproximaba a las cabinas, y era visible desde su punto de observación. La brasa de su cigarrillo era la clave. Esperé tenso.

Alguien asomó por la esquina del museo. Miró en torno. Avanzó hacia la cabina. Pese a la noche calurosa, húmeda, aunque ligeramente lluviosa desde las seis de la tarde, aquel personaje llevaba encima de su traje un impermeable oscuro, bastante largo, y un sombrero cubriéndole la cabeza.

Me fue imposible advertir, con la luz nocturna, a aquella distancia, qué clase de persona era exactamente. Llevaba un portafolios negro.

Se detuvo ante las tres cabinas. Detuve el aliento. Tal vez no era la persona que esperábamos, pero nadie había entrado en aquellas cabinas mientras estaba allí de observación.

Súbitamente, se decidió. Abrió una puerta roja. La tercera cabina. Miré mi reloj. Las ocho menos un minuto.

—Tiene que ser él —murmuré—. Silas Sirk...

Angie había apagado su cigarrillo. Era otra señal. Aunque ahora no la necesitaba. Estaba de acuerdo conmigo. Para ella, aquel era nuestro hombre. El misterioso guionista que había sabido siempre lo que iba a suceder, y quiso revelarlo al mundo con un programa de televisión.

Un programa que jamás se emitió. Y que había sido repetido, con ligeras variantes, en la gran escena del planeta Tierra.

Esperé justamente a que mi reloj marcara las ocho en punto. La sombra del individuo que ocupaba la tercera cabina, era visible, apoyada contra el aparato telefónico. Crucé la calzada. Avancé hacia la roja cabina esmaltada, de estilo oriental.

Abrí la puerta. Silas Sirk me daba la espalda, inclinado sobre el teléfono

sin descolgar. Pregunté con voz ronca:

—¿Silas Sirk? Soy Clark Foreman...

No se movió. Parecía absorto en el teléfono que no funcionaba. Alargué un brazo y le toqué la espalda.

—Escuche, quienquiera que sea —dije con aspereza—. ¿A qué espera para hablarme?

Ocurrió algo increíble. Silas Sirk se desmoronó ante mí. Sencillamente eso: se desmoronó. No encuentro otra forma de expresión más concreta. Doblóse su cuerpo, se deslizó pegado a las paredes de vidrio y quedó encogido en el fondo de la cabina telefónica. Su sombrero cayó de la cabeza, y esta giró de lado, mostrándome su rostro lívido, tirante e inexpresivo. Lancé una exclamación de asombro al reconocer, bajo el sombrero, las ropas del hombre y la peluca del cabello corto oscuro, a la persona que había firmado aquel extraño e increíble guion con el seudónimo de «Silas Sirk».

Sus iniciales, cuando menos, coincidían: S. S.

¡Era Selenia Scofield, la exesposa del propietario de la cadena de televisión WBC-TV!

Estaba muerta. Algo había brotado de aquel teléfono, ensangrentando su rostro, y perforando su frente justo en su centro. Posiblemente un proyectil adaptado a un pequeño y diabólico dispositivo.

Algo chascó dentro del teléfono en ese momento.

De repente, tuve una rara, angustiosa sensación. No supe por qué, pero mi instinto actuó sobre mí como un terrible, súbito revulsivo.

Salté fuera de la cabina, gritando roncamente a Angie, erguida en el borde de la acera opuesta, con la mirada fija en la cabina, mientras arrancaba de manos de la mujer muerta su portafolios negro:

—¡Al suelo, Angie, al suelo, por el amor de Dios... y pronto!

Yo mismo me arrojé, en una zambullida impresionante, a través de la calzada, lo más lejos posible de la cabina roja donde yacía sin vida Selenia Scofield.

Pudo haber sido un ridículo, una actitud absurda y grotesca, pero no lo fue.

Apenas toqué el suelo de bruceas, golpeándome rudamente en el asfalto mojado, la pintoresca cabina-oriental estalló en mil pedazos a mi espalda, convertida en una bola de fuego crepitante y estruendosa, que saltó por doquier, en forma de lluvia de pavesas ardientes.

Ni de la cabina ni del cadáver que la ocupaba quedó demasiado rastro entre aquella densa humareda, llamaradas y despojos de madera, vidrio y carne humana ensangrentada...

De haberme demorado solo dos segundos más en mi instintiva acción, ahora mi cuerpo estaría tan falto de vida y de integridad física como el del infortunado y enigmático personaje que había firmado el guion con el

nombre de «Silas Sirk»...

Y con la explosión, hubiera sido destruido el negro portafolios, acaso con pruebas precisas de la existencia y planes concretos de la OINUP, la organización terrorista más misteriosa de la historia, y culpable de la Tercera Guerra Mundial...

Momentos más tarde, me reunía con Angie, también providencialmente a salvo, tendida en la acera. Nos miramos. Nos apretamos las manos, en muda prueba de mutua congratulación, por haber salvado la vida tras el criminal atentado.

—Era Selenia Scoffield... —murmuré roncamente.

—Dios mío... ¿Ella? Pero... ¿por qué? —jadeó Angie, muy pálida—. ¿Cómo pudo saber...?

La miré profundamente, con mi mente repentinamente iluminada por una luz cegadora y brutal.

—Creo que sé ahora la respuesta... —me limité a decir con voz quebrada.

NANTUCKET ISLAND, MASSACHUSETTS, JULIO 26, 10.10 P.M.

—¡Clark Foreman! ¿Qué hace usted aquí?

Se quedó mirándonos con expresión asombrada, como si no diera crédito a sus ojos. Evidentemente, mi presencia allí le resultaba tan insólita como incomprensible. Sus duras facciones, afiladas y angulosas, tenían la dureza y frialdad habituales, pero un gesto hosco, de claro desagrado, las hacía aún más desagradables y faltas de cordialidad.

Angie y yo permanecíamos ante él, en aquel amplio, suntuoso y bien alumbrado vestíbulo. Un criado, junto a la puerta, solo daba la impresión de aguardar una orden suya para arrojarlos fuera de la casa a patadas. Otro servidor, frío y hermético, había bajado las escaleras que ascendían a la planta alta de la amplia residencia, y nos contemplaba con aparente indiferencia.

—He pensado darle una pequeña sorpresa con mi llegada, señor Scoffield —dije risueñamente, con una sonrisa amable.

—¿Una sorpresa? ¿Aquí, en mi isla, en mi casa? —pareció a punto de enviarme al diablo con cajas destempladas, pero sus ojos claros reflejaban un súbito brillo glacial y desconfiado, y me espetó con vez metálica, casi chirriante—: ¿Cómo diablos ha venido hasta aquí, Foreman?

El criado de la puerta respondió, por mí con tono seco:

—En helicóptero, señor.

—¡Helicóptero! —clamó Darryl Scoffield—. ¿Militar acaso?

—No, no —reí—. Un helicóptero alquilado. Tengo título de piloto. Yo mismo lo conduje. ¿Conoce a mi compañera? Es la señorita Corben, trabaja en una empresa de televisión, la suya, señor Scoffield...

—Sí, la recuerdo. La he visto muchas veces en los programas —le dirigió una vaga sonrisa de circunstancias, pero seguía mirándome a mí con una hostilidad manifiesta—. ¿Por qué lo hizo, Foreman? ¿Por qué ha venido hasta aquí? Creo que se despidió de mi empresa. ¿Es que pretende ahora dar marcha atrás y ha venido a rogarme?

—No, no es eso —suspiré—. Mañana, seguramente, quedará poco de su empresa en Nueva York, señor Scoffield. Las armas nucleares rusas habrán convertido Nueva York en un páramo lleno de cadáveres. Y Moscú no tendrá nada que envidiarnos...

—Entonces, no lo comprendo. Su viaje a esta isla no tiene sentido.

—Lo tiene, señor Scoffield —reí suavemente—. Lo tiene. He querido hablar con usted de unas cuantas cosas, antes del gran holocausto final. Lo sé todo.

No pestañeó. Sus ojos eran agujas de acero clavadas en mí. La boca parecía tallada en piedra granítica.

—¿Qué es lo que sabe? —se interesó.

—Todo. Ya se lo dije. Después de ser asesinada su esposa, Selena, en una cabina telefónica de Chinatown, el explosivo dispuesto no pudo asesinarme también a mí y destruir las pruebas. Los documentos que Selena había obtenido están en mi poder, señor Scoffield. Ahora ya sé por qué ella escribió ese guion con el seudónimo de «Silas Sirk». Que respeta sus auténticas iniciales de Selena Scoffield, para revelar al mundo lo que sucedía. Lo que iba a suceder, si las propias naciones y sus gobernantes no lo evitaban, dejando de caer en una trampa mortal tendida para ellos.

—No sé de qué está hablando, Foreman. Sus palabras carecen de sentido.

—Sabe que tienen mucho sentido —dije con voz cansada—. Organización Internacional del Nuevo Poder. OINUP. Este es su nuevo cuartel general, señor Scoffield. Nantucket Island. Su mansión, sus propiedades aquí. Usted posee el suficiente dinero para montar una operación de esta envergadura. Sus multinacionales de la televisión, los programas grabados en video, a la venta en todo el mundo, sus receptores de TV, sus instalaciones para el Estudio de Televisión, sus grandes fábricas de electrónica... Un complejo industrial y económico de altos vuelos, al servicio de una idea fija y obsesiva y fantástica: el poder futuro, el poder total, sobre un mundo arrasado, roto, vencido por una atroz guerra nuclear.

Soltó una carcajada. Me miró cínicamente.

—Como comprenderá, señor Foreman, todo eso que está diciendo es ridículo —manifestó con frialdad—. No tiene la menor lógica. Nadie lo creería, nadie aceptaría una teoría tan absurda y novelesca.

—Lo veremos —dije fríamente—. Exhibiré los documentos de Selena ante el mundo. En ellos, todo queda claro. Ella sabía sus planes, le espió, le

robó documentos, copió otros... Estaba asustada. Por eso solicitó el divorcio. Usted la imaginaba poco inteligente, demasiado superficial para sospechar nada. Y estaba harto de ella. No vio nada raro en ese divorcio. Además, le gusta Doris Shelton, y era su gran ocasión de romper un matrimonio que le irritaba. Pero Selena se decidió. Había escrito cosas en su juventud. Se le ocurrió escribir un guion. Y lo envió a la emisora. Slater lo encontró bueno. Lo aceptó y grabó. Yo lo realicé y presenté. Era impresionante, terrible. Y para muchos, sería absurdo. Un tercer poder, una organización secreta movida y financiada por un solo hombre ávido de poder, con medios suficientes para poner en jaque al mundo, sonaba a fantástico. Pero usted, al saber lo que ocurría con ese programa, empezó a temer la existencia de un espía cerca de usted. No supo su identidad real, sin embargo, hasta que uno de sus agentes debió captar la llamada de Selena a los estudios, citándome hoy en Chinatown. Usted dio la orden. Mataron a Selena y dispuso todo para que cualquier prueba desapareciese con ella. Incluso yo mismo debía morir en la cabina. Mi entrada en ella activaría el sistema explosivo conectado al teléfono asesino. Pero mi instinto me salvó. Tengo sus documentos, Scofield. Eso no le parecería a nadie absurdo y fantástico.

—Si cree que puede convencer a alguien de eso, ¿por qué ha venido hasta aquí?

—Muy sencillo: quiero mi parte en su plan. Compartir ese poder futuro, tras la Tercera Guerra Mundial.

—Si yo fuese la clase de persona que usted cree, ¿por qué habría de compartir nada con usted?

—Porque he sido el único enemigo digno de su talla que ha tenido hasta ahora. El único capaz de llegar al fondo del asunto. Y porque nadie, excepto yo mismo, y Angie, mi compañera, sabe nada sobre su plan de dominio mundial, señor Scofield. Le conviene llegar a un pacto conmigo. Y esto nunca se llegará a saber.

—Entiendo —me estudió glacialmente. Hizo un gesto a su criado, y este cerró la puerta de la casa—. Tal vez merezca la pena discutir esto, Foreman. Venga conmigo, por favor. Usted también, señorita Corben. Ahora son mis invitados. Y están en un lugar seguro, sin duda alguna. Esta casa está hecha a prueba de muchas cosas, incluido un ataque nuclear sobre la costa Este norteamericana. Posee subterráneos prácticamente indestructibles. ¿Desea verlos?

—Me gustaría —sonreí—. ¿Eso significa que somos aliados, señor Scofield?

—Ya veremos —me devolvió la sonrisa—. De momento, significa que son mis huéspedes, y eso ya es algo... Por aquí, por favor.

Pasamos a una sala amplia, bien iluminada, de suntuoso mobiliario, costosos tapices en los muros, y algunos cuadros de firmas originales, cada

uno de ellos con un valor de muchos millones. Había incluso un Rembrandt y un Goya auténticos.

Allí estaba tomando un combinado su amante Doris Shelton, rubia y exultante belleza de impresionante físico. Nos saludó con frialdad, y nos sirvió unos combinados a nosotros dos. Después, Scoffield ofreció con sonrisa cortés:

—Ahora, antes de cenar, veamos mis subterráneos, Foreman. Mi gran refugio atómico. ¿Desea conocerlo?

—Es lo que más anhelo en este momento —asentí.

—Entonces, sígame —se limitó a invitar fríamente.

CUARTEL GENERAL DE LA OINUP, SÓTANOS ANTINUCLEARES DE SCOFFIELD HOUSE, NANTUCKET IS-LAND, JULIO 26, 11.00 P.M.

Era escalofriante. Increíble.

Galerías interminables, de muros metálicos forrando capas y capas de hormigón y cemento compacto, crudamente iluminadas por una central eléctrica propia. Ascensores, plataformas deslizantes, cintas móviles, cámaras y antecámaras, instalaciones complejas de sistemas electrónicos y centros energéticos, hombres silenciosos uniformados de negro, con las letras OINUP grabadas sobre sus uniformes en caracteres amarillos, zumbido de mecanismos, actividad tensa.

Grandes paneles murales con mapas luminosos, presentando la superficie mundial en unos, y tableros electrónicos dispuestos con el inmediato teatro de operaciones de Europa y de Estados Unidos, marcándose en colores y luces diversas las zonas estratégicas, las áreas defensivas y las líneas ofensivas de la inminente conflagración mundial. Desde allí, ante complicados tableros de mandos y controles, silenciosos expertos de la organización iban a seguir el curso de los acontecimientos registrándolo en sus mapas minuto a minuto, segundo a segundo.

Fascinados, Angie y yo contemplábamos aquellas instalaciones hundidas en el fondo de la tierra y del mar, bajo la superficie apacible de la isla de Nantucket, frente a las costas de Massachusetts. Era la obra de un hombre. De un solo hombre, Darryl Scoffield, que lo tenía todo en el mundo, menos el poder total a que aspiraba, como un nuevo Alejandro, un nuevo Napoleón, un nuevo César, un nuevo Hitler.

—Es increíble... —murmuré, fascinado, miré a Scoffield, orgulloso de su organización paramilitar y paraestatal sumergida en aquel refugio atómico—. Pero incluso todo esto, Scoffield, no explica su poder, sus recursos... Recuerdo el bombardeo masivo de pozos petrolíferos árabes, la explosión de misiles nucleares en la URSS y en Norfolk, el atentado al presidente, el asalto de las Naciones Unidas...

—Ese maldito guion de Selenia me hizo cambiar los planes sobre la

—marcha. No podía repetir paso a paso sus previsiones, plasmadas en aquel relato, hubiese despertado las sospechas del FBI y la CIA, que también hubieran sido compartidas por los soviéticos, en cuyo poder existía una copia del programa grabado, que ellos robaron a la emisora. Era preciso alterarlo todo, presentar la ofensiva de otro modo que les engañase a ambos, enzarzándoles en la lucha definitiva, como así ha sucedido, tras olvidar por completo el guion de «Silas Sirk», con la escalada previa del terrorismo y violencia internacional que yo tenía dispuesta originalmente y que fue desechada por mí y por mis expertos y consejeros militares.

—Aun así... ¿cómo pudo llegar tan lejos, engañando a todos?

—Es sencillo —sonrió—. Por mí mismo no podía conseguir tanto, necesitaba un aliado. No demasiado poderoso, pero un aliado. Las grandes potencias nunca se prestarían a colaborar conmigo, ni siquiera a cambio de aplastar a su rival de siempre, pero un país relativamente insignificante en el concierto de las grandes naciones, un país aparentemente neutral, no alineado, con mucho a ganar y nada a perder, podía ser mi anónimo aliado. Bastaba convencer a un gobierno amigo, que debe muchos millones de dólares a Darryl Scofield, que mis multinacionales controlan gran parte de su economía. Ese estado amigo fue convencido. Su gobierno, secretamente, contribuyó con modernos aviones norteamericanos, adquiridos precisamente a Estados Unidos mediante sus programas de modernización de Fuerzas Armadas, en el bombardeo imprevisible de los centros petrolíferos árabes. Bastaron unos emblemas norteamericanos, aparentemente disfrazados y tapados, para despertar las sospechas árabes y rusas. Estaba todo bien calculado.

—Un país amigo... Un país del que nadie sospecha... —repetí asombrado—. ¿Qué país, exactamente?

Me lo dijo. Ciertamente, nadie podía sospechar de esa nación. Sin embargo, era la provocadora, junto a Scofield, de la Tercera Guerra Mundial. Un gobierno. Unos medios militares, al servicio de una causa demencial. Ahora tenía sentido que se pudieran bombardear unos pozos petrolíferos, que se pudieran infiltrar espías en todas partes... El asesinato del presidente norteamericano era cosa de un simple terrorista bien pagado o bien manipulado, eso era obvio. Del mismo modo, la entrada de terroristas de la OINUP en las Naciones Unidas, era fruto de un bien calculado plan. Luego, quedaba lo más difícil e inexplicable: las explosiones nucleares en los Urales y en Norfolk. El país mencionado por Scofield no poseía armas nucleares que yo supiera.

El propio magnate me lo explicó con sonrisa satisfecha ante un mecanismo electrónico manipulado por cinco de sus hombres, en una sala semicircular.

—Vea esto, Foreman —me dijo—. Es el Tele-Deton, un aparato inventado por mis expertos en electrónica de la Scofield Incorporated.

Puede actuar a distancia sobre misiles nucleares, provocando su detonación, siempre que ciertos datos técnicos de esos misiles, como potencia, modelo, circuitos de seguridad, posición y carga, más el punto sensible a ciertas vibraciones magnéticas, calienten y lleven a fisión nuclear esa carga, anulando todos sus mecanismos de seguridad y control de explosión. No siempre se poseen tales datos en la computadora. Pero cuando se poseen, caso de los *Polaris* detonados en Norfolk y de los tres SS20 que estallaron en los Urales, no resulta difícil emitir a distancia las vibraciones precisas, continuadas y constantes, hasta provocar el estallido. ¿Está todo claro ahora?

—Sí, lo está —suspiré aterrado—. Pero si todo esto, lo hecho hasta el momento, no hubiese dado el resultado apetecido, si las grandes potencias no hubiesen mordido el anzuelo, declarándose mutuamente la guerra, ¿qué hubiera ocurrido con su plan, Scoffield?

Darryl Scoffield sonrió malignamente y me miró con expresión helada.

—Hubiese continuado el plan en una tercera y definitiva fase. Ya teníamos a punto un plan de ataque nuclear a Moscú y Washington... Eso hubiera desencadenado irremisiblemente la guerra. Mis agentes en la URSS y en Estados Unidos, tienen en sus manos el medio de lanzar dos bombas atómicas sobre ambas ciudades. Y lo harán, en todo caso, si dentro de seis horas el mundo no empieza a reventar por todas partes...

—Y una vez terminada esa guerra terrible, en la que sin duda usted mezclará a China y Japón... ese estado amigo suyo y usted, con toda su organización secreta, dominarán el mundo y podrán exigir la rendición incondicional de los colosos.

—Empezando así un nuevo orden, basado en mi poder —asintió Scoffield—. No habrá parados ni crisis, y todo será mejor que ahora.

—¿Cree que habrá valido la pena obtener un mundo mejor a base de cientos de millones de muertos, de grandes ciudades destruidas, cosechas arrasadas, y un mundo contaminado de radiactividad?

—Sin duda —sus ojos brillaban fanáticamente—. Todo habrá valido la pena, cuando Darryl Scoffield sea el supremo presidente de todas las naciones, y su poder entregue a los supervivientes una vida infinitamente más justa que la actual, sin terrorismo, hambre, odio, enfrentamientos y miseria.

—Tal vez tenga razón —suspiré—. ¿Entro yo de alguna forma en ese mundo suyo, por tanto? ¿Acepta mi colaboración, Scoffield?

—Su colaboración no me sirve de nada, amigo Foreman —soltó una carcajada—. Ya ha visto mi gran obra, mi organización y mi poder. ¿Cree que pienso compartir algo de esto con un tipo vulgar y gris como usted, que se cree el más listo de todos? Está loco, Foreman, si espera comprar así su futura grandeza. No admito a nadie a mi lado. Nunca va a salir con vida de aquí. Por eso ha podido ver toda mi organización y conocer todos mis

Ni usted ni su bella amiguita van a salir jamás de este refugio... están condenados a muerte. La sentencia se cumplirá de forma inmediata, Foreman. Lo siento por usted. Cometió un grave error al venir aquí esta noche, confiando en un chantaje ridículo. Ha jugado y ha perdido.

—De acuerdo —acepté, con una sonrisa, encogiéndome de hombros. Señalé a Angie—. Pero al menos, Scoffield, no le cause daño a ella... Yo la metí en esto.

—Fue su error, Foreman. No debió traerla nunca consigo. Ambos deben morir. No hay indultos en mi nuevo sistema. Quién es condenado, muere. Sin remedio.

En ese momento, un hombre de negro uniforme entró agitadamente en la cámara donde conversábamos, frente a un enorme mapa luminoso del mundo, y habló con voz áspera y crispada a Darryl Scoffield:

—¡Señor, señor! Ocurre algo terrible...

—¿Qué es ello? —se irritó el magnate, volviéndose airado—. ¿Por qué me molesta?

—Es... es la televisión... —jadeó el funcionario de negro uniforme.

—¿Qué diablos pasa con la televisión? —mostró su extrañeza Scoffield.

—Arriba, en la casa... y en todas partes. En todo el país, señor... en muchos países, diría yo... —jadeó el recién llegado, muy pálido, mirándonos a Angie y a mí.

—Termine de una vez, maldita sea. ¿Qué quiere decirme?

—Han conectado con Intervisión y Eurovisión, señor Scoffield... en un programa especial de Mundovisión, en directo, vía satélite. Lo han dicho, señor... y... ¡y todo el mundo está viéndole y escuchándole AHORA!

—¿Viéndome y escuchándome a mí? —pestañeó Scoffield, atónito—. ¿Se ha vuelto usted loco?

—No... No, señor... —susurró su colaborador, frenético—. ¿Es que no lo entiende? ¡Son ellos, sin duda alguna! ¡Han introducido una cámara y un micrófono en este recinto! ¡Lo están viendo y oyendo todo en el mundo entero!

De repente, Scoffield pareció entender. Nos miró con repentino sobresalto, al ver que su subordinado nos señalaba a nosotros.

—¿Qué? —rugió—. ¿Qué significa esto?

Yo sonreí, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Significa, Scoffield, que acaba de detener usted la guadaña a tiempo —dije con amargura—. En estos momentos, todo el continente americano, Europa entera y la Unión Soviética y sus aliados todos del Pacto de Varsovia, están presenciando en directo esta escena, han oído de sus labios todo el plan, conocen qué país le ayudó y saben que todo ha sido una gigantesca farsa sangrienta para enzarzarles en una lucha suicida. Su plan de desencadenar la Tercera Guerra Mundial ha fracasado —miré mi reloj—. Son casi las doce de la noche del día 26 de julio, a punto de cruzar la

divisoria del fatídico 27. Dentro de cinco horas y media, hubiera estallado la guerra. Pero ahora ya saben lo que sucede. Unos detendrán el botón puesto en marcha. Otros, suspenderán la orden de ataque nuclear. He llegado a tiempo. Aquí, Scofield, se está transmitiendo en directo para el mundo entero el más decisivo y dramático de los programas de televisión jamás realizado, con Clark Foreman y Angie Corben como presentadores. Un programa que significa la salvación del mundo. Y el fracaso de su sueño dorado, Scofield.

—Usted... —silabeó, lívido, descompuesto—. ¡Usted... introdujo aquí una cámara, un micrófono! ¡No es posible! ¡Conecten la red de televisión normal, el canal diez de la WBC, pronto!

Sus órdenes fueron cumplidas.

En una pantalla gigante lateral, apareció una imagen en borroso color, pero lo bastante nítida, dadas las difíciles circunstancias en que se transmitía. Estaban en ese momento en campo visual Scofield, su subordinado, Angie y los tableros luminosos del fondo, con los expertos al pie de los mismos. Todos miraron aterrados la imagen en pantalla.

—Usted lleva esa cámara —aulló Scofield, mirándome tras dirigir una ojeada frenética a la pantalla—. ¡Encima mismo de su persona!,

—Así es —sonreí—. Colaboración especial japonesa para esta circunstancia. Ya sabe lo amigos que son de lo microscópico...

Toqué el alfiler de mi corbata, sonriendo, antes de añadir:

—Aquí, en este botón de insignificante apariencia, funciona la microcámara con su objetivo de sorprendente nitidez... y los micrófonos están repartidos en mis botones. Todo ello revestido de material antimagnético y una capa especial antiinterferencias. Fuera, en el helicóptero que me trajo a Nantucket Island, hay una antena que conecta con otra más potente de la costa de Massachusetts. Todo estuvo bien calculado previamente, Scofield.

—Es... es un plan preparado por usted... —jadeó—. ¿Y por quién más?

—Por el Gobierno de Estados Unidos. Creyeron en mi palabra porque no perdían nada con intentarlo. Los documentos de su difunta esposa contribuyeron a dar credibilidad a mis palabras. Y se montó todo esto.

—No importa lo que haya hecho, Foreman. ¡Nunca saldrá vivo de aquí! ¡Haré estallar el mundo, quiera usted o no, pero no vivirá para verlo!

—Scofield, ha perdido y lo sabe. No conseguirá ya nada. Ese país amigo suyo está a estas horas totalmente bloqueado por fuerzas aeronavales, y los misiles apuntan hacia él. Tanto rusos como americanos. Su gobierno debe saberlo a estas horas, y está inmovilizado. Su pueblo terminará con tan indignos gobernantes, estoy seguro. En cuanto a usted y su poderío, han terminado. Esta isla está rodeada. Pueden pulverizarla en un momento. Su refugio antinuclear no le servirá de nada, si es atacado masivamente de forma directa. Además, supongo que a estas horas, su

residencia misma está siendo ocupada por fuerzas especiales que no tardarán en entrar en este subterráneo...

Se oyeron sonidos distantes, disparos y explosiones. Las luces oscilaron. Uno de los tableros de control comenzó a chisporrotear, y más del setenta por ciento de iluminación interior se apagó.

—¡Nos atacan! —aulló Scoffield, descompuesto.

—En efecto —sonreí—. Ya han entrado aquí. Solo tiene un camino: entregarse, o morirán todos como ratas.

—¡Pero usted morirá con nosotros! —rugió.

—Poco consuelo para usted —me encogí de hombros—. Me sacrifiqué a ese papel desde un principio. Alguien tenía que entrar aquí y ser el realizador y presentador del programa. Un programa que costaba la vida de antemano. Angie Corben quiso unirse a mí, pese a mis protestas. Tanto le daba morir aquí como bajo los misiles atómicos. Y decidí darle la oportunidad de presentar su mejor programa.

—Morirán... —silabeó—. Morirán los dos. Moriremos todos.

Pero Scoffield no contaba con sus esbirros. Estos no eran simples autómatas fanatizados, con su mente manipulada y veneno en la boca, como los asesinos de la ONU o el magnicida de Sapporo. Eran simples seres humanos asustados, y reaccionaron como tales, rodeándonos amenazadores y con sus armas automáticas contra Scoffield, que les miró asombrado.

—¿Existe alguna posibilidad de sobrevivir, de no ser aniquilados? —me preguntó uno de ellos, roncamente.

—Claro —asentí con un suspiro—. Rendirse a los que atacan desde fuera. Nadie va a matarlos si se entregan. Son fuerzas del Gobierno las que vienen, no terroristas ni criminales. Si se entregan e impiden que su jefe cometa una locura, nada hay que temer. Ustedes no son responsables. Solo él...

—¿Cómo podemos ponernos en contacto con los de fuera y anunciar nuestro deseo de rendirnos? —preguntó el hombre.

—Ya lo están haciendo —señalé el alfiler de mi corbata—. Les están viendo y oyendo. También puede pedir a sus compañeros que depongan las armas, y la lucha habrá terminado sin más bajas.

—¡No harán eso! —rugió Scoffield, delirante, espumeando sus labios crispados—. ¡No pueden hacerlo, no pueden abandonarme como ratas!

Su subordinado le miró fríamente, hizo un gesto desdeñoso, sacudió la cabeza y se dirigió a mi alfiler de corbata calmadamente.

—No podía resultar —dijo entre dientes, añadiendo en voz alta—: Escuchen ahí fuera. Escuchen todos. Que me oiga el mundo entero. Nos rendimos. ¡Compañeros, deponed la lucha! ¡Entregaos, que nada sucederá! Es el Gobierno norteamericano el que ocupa la isla... entregando a Darryl Scoffield, nada tenemos que temer. Atención. Nos entregamos al ejército

americano. Atención...

Miré a Angie. Y ella a mí. Nos sonreímos. Nos tendimos las manos, apretándonoslas fuertemente.

Habíamos vencido. Era el fin. Era la victoria. Era la salvación del mundo.

La Tercera Guerra Mundial había terminado apenas comenzó. Y antes de que fuera demasiado tarde...

NUEVA YORK. JULIO 27. 14.20 P.M.

Todo ha terminado ya.

¿Servirá de algo alguna vez? ¿Se repetirá en alguna ocasión esa circunstancia terrible, y alguien llegará demasiado tarde para impedirlo?

Es una pregunta que me asusta. A veces somos todos tan inconscientes, tan ciegos, tan agresivos y violentos...

Angie y yo vamos a casarnos cualquier día de estos. Seremos una pareja famosa. Creo que nuestro programa, junto con el de la llegada a la Luna, es el que más audiencia ha tenido en el mundo. Pero me gustaría olvidar pronto que existió un programa así en la televisión.

Ya pasó todo. El mundo está en paz. Sigue en paz... relativamente, claro.

Pero ¿por cuánto tiempo?

El Apocalipsis puede ser mañana mismo. Acaso ha comenzado ya de nuevo. Uno nunca puede estar seguro de eso totalmente.

Dios mío, ¿por qué seremos tan locos? ¿Por qué?

Solo espero que esto nunca vuelva a ocurrir. Nunca más.

Pero tengo tantas dudas... Tantas...

FIN

Las mejores novelas de

MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**

{1} Todas las cabinas telefónicas del Barrio Chino de Nueva York son de ese pintoresco tipo, posiblemente por simple cariz turístico.